LA ASCENDENCIA

Alexandre Postel

Traducción de Delfin G. Marcos

colecciónotroslatitudes

PACO ROCA

Nørdicalibros

LA ASCENDENCIA

ALEXANDRE POSTEL

Traducción de
Delfín N. Gómez

Título original: L’ascendant
© Éditions Gallimard 2015
© De la traducción: Delfín N. Gómez
Edición en ebook: abril de 2016

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.° B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com
ISBN: 978-84-16440-71-9

Diseño de colección: Filo Estudio
Correccion ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Maquetación ebook: Caurina Diseño Grafico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ALEXANDRE POSTEL
(Colombes, 1982)

Novelista francés. Ha sido alumno de la École Normale Supérieure de Lyon y se ha educado en dos culturas: la francesa por parte paterna y la inglesa por parte de su madre. Actualmente es profesor de Literatura en la universidad de Paris.

Un homme effacé es su primera obra y con ella ha ganado el prestigioso premio Goncourt 2013 a la mejor primera novela por «el estilo glacial, impregnado de un humor distante, que evita toda compasión y sentimentalismo, reflejando muy eficazmente la soledad espantosa del personaje»,

Esta novela ha recibido también el premio Landerneau 2013.

JUEVES, 30 DE ABRIL

La gente metódica como usted siempre necesita un comienzo. «Empecemos por el principio, reconstruya los pasos que le han conducido (y ha dudado, no sé si por delicadeza, antes de concluir la frase) hasta aquí». La cuestión es que, cada vez que pienso en el comienzo, me viene un día diferente a la cabeza: cuando decidí marcharme de casa de mi padre, cuando conocí a Marión, cuando no dije algo que debería haber dicho, Pero ¿qué día es ese? ¿Qué debería haber dicho? Hoy me acuerdo del pasado 30 de abril.

Era jueves y estaba trabajando; con los brazos cruzados, esperaba sentado en mi taburete elevado a que algún cliente abriese la puerta de PHONE SWEET PHONE. Franck me hablaba de sus planes para el puente de mayo. Tenía pensado ir con su mujer y sus hijos al campo, a casa de sus padres; estaba deseando ver a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus hermanas, a sus sobrinos, a sus sobrinas, y salivaba solo de pensaren la blanqueta de ternera que cocinaría su madre, mientras el resto de la familia iba al bosque para recoger muguete.

Me preguntó si yo tenía algo pensado. Me hacía una idea bastante precisa de lo que me esperaba: televisión, cerveza, videojuegos y, sobre un sofá cama que ni nos molestaríamos en abrir, Marión. Como no había ninguna necesidad de entrar en detalles con mi superior, me limité a poner cara de indiferencia. Franck sonrió: se acordó de que yo no era «demasiado familiar». A mi edad, él tampoco lo era; aseguraba que eso venía con el tiempo, que acababa llegando tarde o temprano. Comencé a balancearme en el taburete y cambiamos de tema.

Mi teléfono sonó poco antes del mediodía y tuve que salir para atender la llamada, porque dentro se entrecortaba la voz. Una tienda de teléfonos móviles que no tiene buena cobertura: como puede imaginar, era una broma recurrente entre Franck y yo. Así que fue en la acera del bulevar donde me enteré de la noticia.

Después de presentarse, el médico me dijo que mi «papá» había pedido cita en el banco. Perdió el conocimiento. Lo llevaron al

hospital y allí falleció una hora más tarde, a las once y veinte. El escáner reveló una hemorragia cerebral provocada por la ruptura de un aneurisma.

El cuerpo descansaba en el mortuorio del hospital. Tenía que enseñar un documento de identidad para recoger el certificado de defunción y las cosas de mi padre. Antes de despedirse, el médico me dijo que era yo quien debía comunicárselo al resto de la familia, y me deseó mucho ánimo. Le dije que yo era el único miembro. Entonces me volvió a desear mucho ánimo, pero esta vez en otro tono, como si pronunciase palabras completamente diferentes. Antes de colgar, le di las gracias por todo; creo que fui demasiado efusivo: no era precisamente un favor lo que me estaba haciendo.

En el bulevar, los castaños de Indias estaban en flor; como había llovido aquella misma mañana, el suelo estaba lleno de pétalos, formando manchas blancas y rosas que se mezclaban en el asfalto con colillas aplastadas. Cada vez que pienso en la muerte de mi padre, la primera imagen que me viene a la cabeza, la más nítida, la más íntima, no es la de la cara que pude ver más tarde en el mortuorio del hospital, sino la de aquellas flores de castaño, esponjosas, pálidas, deslucidas, con el estambre curvado como largas pestañas de mujer. No sé cuánto tiempo estuve en el bulevar. De vuelta a la tienda, un repartidor que conducía su moto por la acera tuvo que pitarme para que me apartara de su camino.

Le comuniqué la noticia a Franck. Me puso la mano en el hombro, balbuciendo que no sabía qué decir. Luego me preguntó si mi padre había estado enfermo. Le respondí que, hasta donde yo sabía, no había tenido problemas de salud. Franck se vino abajo. Para evitar que se echase a llorar, le pregunté por los días que me correspondían por fallecimiento. Entre los dos días que me dio y los tres del puente, tenía libre hasta el miércoles por la mañana.

Cogí el tren de la una y media, ese que siempre va medio vacío y se va parando en todos y cada uno de los pueblos de la prefectura. Me quedaban tres horas y media por delante. Cuando arrancó, muchos se hundieron en sus asientos, rendidos de sueño. El sopor me empezó a pesar a mí también, pero me resistía a caer. Me parecía Impropio de alguien que acababa de perder a su padre.

Un ruido me hizo abrir los ojos. Se ve que me había quedado dormido sin darme cuenta. Al otro lado del pasillo, un hombre recogía el bolígrafo del suelo. Siguió trabajando: corregía exámenes. Su bolígrafo se cernía sobre las hojas y cada tanto descendía veloz, con la precisión de un ave de presa. ¿Eran dictados, test de verbos irregulares, preguntas sobre la reproducción de los helechos o sobre

la polinización de los castaños? Solo sé que los corregía sin despeinarse, como quien pone una multa.

Al lado del montón de exámenes había un reloj de pulsera. De cuando en cuando, el profesor comprobaba la hora con ímpetu. No me gustaba su manera de respirar. Contundente, profundo, regular, se podría decir que su aliento cumplía con el Ideal.

Parecía respirar a propósito, concienzudamente, como un atleta. Debíamos de tener más o menos la misma edad, aunque parecía mayor que yo. Más maduro, habría corregido mi padre.

En nuestro vagón, una mujer hablaba por teléfono en voz alta, sin ningún miramiento. El profesor alzó la vista, suspiró, meneó la cabeza, buscó en mi mirada una complicidad que no encontró. «Disculpe, ¿sería tan amable de continuar su conversación en el espacio habilitado para tal efecto?», acabó por decirle. Mi padre no se habría comportado de manera muy diferente. Yo, en cambio, me habría conformado con subir el volumen de los auriculares.

Volví a cerrar los ojos. Había dedicado todas mis energías a comunicarle la noticia a Franck, a preparar la maleta, a llegar hasta la estación; sencillamente, ya no daba para más. Empecé a languidecer. Imágenes, fragmentos de conversaciones, todo discurría por mi cabeza sin que yo pudiera hacer nada, como si mi memoria hiciese aguas. Vi a mi padre rellenando el crucigrama, humedeciéndose el índice con el labio inferior para pasar la página del periódico. Lo escuchaba afirmar que el bourgogne es un vino para salsas, que por nada del mundo se perdería una etapa del Tour de Francia. ¿Mangos?, ¿kiwis?

Esas frutas no existían cuando él era pequeño, Antes de que yo naciera, mi madre y él acampaban al aire libre. En una foto que le hicieron en el servicio militar, aparecía con las orejas de soplillo. Agitaba, como de costumbre, sus manos huesudas con rabia, como quien espanta una mosca.

El profesor soltó una carcajada. Ahora estaba concentrado en la lectura de un libro. Su escandalosa risa tenía algo de obsceno; me hizo abrir de nuevo los ojos. Me dolía la cabeza. Desvié la mirada hacia la ventana, No se veía nada más allá del terraplén de la hondonada por la que discurría la vía férrea. Levantando la vista, apenas se llegaban a distinguir unos troncos de álamo; por la velocidad, parecían los barrotes de una prisión.

Y mientras el tren se dirigía lentamente hacia el centro del país —Nevers, Moulins-sur- Allier, Saint-Germain-des-Fossés, Vichy—, remontando primero el curso del Loira y siguiendo luego el del Allier, me acordé de la última vez que había hecho ese trayecto. El

paisaje estaba cubierto de nieve; mi vagón estaba desierto. Era 25 de diciembre. Me fui mucho antes de lo previsto. Hacía dos años que no veía a mi padre y decidí pasar las Navidades junto a él, La noche que llegué, propuso ira buscar una botella de vino al sótano, y me ofrecí a bajar. Clavó sus ojos de reptil en mí y murmuró que, gracias a Dios, todavía era perfectamente capaz de bajar escaleras, Aseguró tener mucha más autonomía que esos trastos que yo vendía. Luego, como quien no quiere la cosa, me acusó de pretender sus mejores botellas. Tras la muerte de mi madre, aquella ¡dea le obsesionaba. Tanto era así que llevaba colgada del cuello la llave de la puerta del sótano. Preferí no tenérselo en cuenta, ya que había leído en Internet que la pérdida de un ser querido, unida a la soledad y al envejecimiento, podían provocar «trastornos de conducta» o la aparición de alguna que otra «manía».

Sin embargo, aquel no fue nuestro único encontronazo: que si el pan que había comprado estaba demasiado hecho, que si había metido en el lavavajillas platos que se tenían que lavar a mano, que si había dejado el té infusionando demasiado tiempo… Acabé teniendo la sensación de que no era bien recibido en aquella casa, así que, dos días después de mi llegada, cogí y me largué, Allí se quedó, con su pavo relleno precocinado, después de que me echase en cara que era demasiado pequeño, y es que mi padre siempre calculaba las cantidades como si aún fuésemos tres. Fue la última vez que nos vimos. Nunca volvimos a hablar.

El tren llegó con diez minutos de retraso, Todo fue pisar el andén de la estación y sentirme abrumado por la proximidad de los volcanes, al oeste. La primavera los había cubierto de una especie de terciopelo verde, como un tapete de naipes. Los volcanes que se dicen dormidos esparcen por el ambiente algo de su adormecimiento: cada vez que visitaba a mi padre, tenía la sensación de estar entrando en el castillo de la Bella Durmiente.

El hospital quedaba cerca de la estación, a unos diez minutos caminando. El dependiente de una tienda me dijo que era muy sencillo: debía torcer la primera a la izquierda y seguir por la Rué de la Libération hasta llegar a una rotonda con una estatua en honor a un militar del que no recordaba el nombre. La Rué de la Libération estaba flanqueada por pequeñas casas de dos pisos, con sus postigos cerrados y sus fachadas grises. Algunas estaban en venta. Entre que las aceras eran estrechas y que los coches se subían en ellas para aparcar, no me sirvió de nada que mi maleta tuviera ruedas. La tuve que coger a pulso. No entiendo por qué aquello me cabreó tanto.

Ya en el hospital, una chica me condujo hasta el mortuorio. Atravesamos un patio lleno de castaños, por el que un convaleciente en pijama caminaba a duras penas del brazo de un hombre más joven. En la entrada del mortuorio, un hombre de bata blanca me pidió mi carnet de identidad. Unos minutos más tarde, apareció el médico que me había llamado por la mañana. Me agarró las manos y me aseguró que mi papá no había sufrido. Por teléfono también se refirió a «mi papá». ¿Había algo en mi voz o en mi aspecto que le movía a hablarme como a un crío? Puede que esa fuera su manera de dirigirse a todo el mundo.

Quiso acompañarme. Me informó que los servicios del hospital lo estaban maquillando. Le di de nuevo las gradas por todo, como si me estuviese haciendo un favor, y por tercera vez en el día me deseó mucho ánimo. Entramos en una pequeña sala, apenas iluminada. Allí estaba el cuerpo, tendido en la camilla.

Nunca lo había visto peinado hacia atrás; tenía la tez grisácea, los labios un poco más delgados de lo habitual; su cuerpo se perdía en una túnica celeste. Aunque me fijé en cada detalle, lo que vi con más claridad fue, curiosamente, aquello que no saltaba a la vista, aquello que encerraban sus párpados y que ya nunca más volvería a ver: los ojos de mi padre. Sus ojos verdes, que se volvían amarillos con la luz del sol. Su firmeza, su capacidad de mirar sin caer en lo que mi padre llamaba sensiblerías; una mirada clara, aguda, ante la que siempre me sentí transparente.

Cuando me quise dar cuenta, el médico ya se había marchado. El hombre de bata blanca me entregó el certificado de defunción y me explicó que tenía que presentar aquel documento en el ayuntamiento. Después de mirar la hora, añadió que ya era tarde para ir y que al día siguiente no abriría por ser 1 de mayo. El sábado por la mañana, me tenía que pasar el sábado por la mañana sin falta para obtener el acta de defunción. Me dijo que la necesitaría para la organización del funeral, para la cancelación de las cuentas bancarias, de la mutua, de la jubilación.,. Sugirió con su ademán que me encontraría con muchas formalidades de este tipo. Le dije que había tomado nota, que me pasaría por el ayuntamiento al día siguiente por la mañana. Me agarró con dulzura del brazo, sabedor de que en estas situaciones uno tiende a olvidar cosas como aquella, para recordarme que el día siguiente era 1 de mayo y no encontraría nada abierto.

Me entregó una bolsa de plástico con la ropa de mi padre. También contenía lo que llevaba en los bolsillos: la llave de la casa a la que se mudó tras la muerte de mi madre, en la que nunca

estuve más de dos días seguidos; una cartera; un teléfono móvil; y, atada a una cinta de seda verde, otra llave. Era la llave del sótano, esa que siempre llevaba colgada del cuello. Al agarrar aquella llave que simbolizaba una existencia solitaria y desconfiada, al tener entre mis dedos la cinta, gastada por el contacto diario con la nuca, al acercármela para reconocer su olor, Idéntico al que desprendía el cuello de una camisa que mi padre me regaló en su momento, una mezcla de sudor y el aroma cítrico de la colonia, al imaginar cómo introdujo la cinta por el agujero de la llave, con el ceño fruncido, concentrado, la lengua ligeramente apoyada en la comisura Izquierda, de repente, me mareé; era como si el cuerpo vivo de mi padre acabase de pasar cerca de mí, como un soplo. Firmé un papel testificando que se me había hecho entrega de los «efectos» de mi padre.

Cuando llegué a la casa, me serví un vaso de agua en la cocina. Todo estaba limpio, Impoluto, ordenado, Al lado del fregadero, la vajilla de la mañana en el escurreplatos: una taza, un plato, un cuchillo de mantequilla, una huevera, una cucharilla. Ni una miga en la mesa. La luz del final de la tarde entraba rasante por la ventana y permitía distinguir en el hule el rastro de la bayeta que mi padre había pasado después del desayuno. El periódico descansaba cuidadosamente doblado sobre la enumera, Me comí un plátano.

Al tirar la piel a la basura vi, cubierta de cáscaras de huevo y de posos de café, una caja de pasteles. Dentro había dos canastitas de papel vegetal, oblongas, manchadas de crema marrón. No me hizo falta probar la crema para saber que eran los restos de un par de éclairs de café. A mi padre le volvían loco.

En cierta manera, me aliviaba saber que se había comido un éclair el día antes de morir. Bueno, dos, a juzgar por el número de canastitas. A no ser que hubiese recibido la visita de alguien. ¿Una amiga, quizá? Mí padre siempre fue, en este sentido, extremadamente discreto. No me habría sorprendido en absoluto que se estuviese viendo con alguien. Es lo más natural del mundo, se quedó viudo a los cincuenta…

Volví a tirar la caja de cartón a la basura y subí a la planta de arriba. Después de dudarlo un Instante, preferí instalarme en su habitación que en la de invitados.

Extendidos sobre la cama, un pantalón negro, una camisa celeste y un jersey negro de cuello de pico, Mi padre debió de probarse aquel temo antes de cambiar de opinión. Entre los «efectos» que me entregaron en el hospital, había una chaqueta. Lo imaginé frente al

espejo. ¿Con chaqueta o sin chaqueta? Le imponía mucho respeto ir al banco.

Por lo general, nunca tuvo problemas de dinero, pero debía de quedarle un cierto resquemor de aquella época en la que le rechazaban sistemáticamente cualquier petición de crédito. No podía disgustar a aquella gente, no quería desentonar; más le valía ponerse la chaqueta. Incluso con sesenta y ocho años, uno tiene que pasar por aquello, probarse diferentes modelltos frente al espejo, cambiar de ropa en el último minuto, con la espalda húmeda y los dedos temblorosos, que no atinan a abrocharse la camisa por culpa del café.

Me estiré sobre la cama, los brazos cruzados por detrás de la cabeza. El sol poniente teñía la habitación de una luz dorada, vaporosa, que se adhería al pelo de la moqueta y al papel pintado de las paredes. Recuerdo pensar que entre su orientación privilegiada, su limpieza impecable y su ubicación en aquel barrio residencial acomodado, a cinco minutos del centro, en una de esas ciudades apacibles en las que la gente acostumbra a dormir de noche, la casa se acabaría vendiendo sin problemas. Al menos, costaría menos que aquellas de la Rué de la Libération. Desde luego, no tenía ninguna intención de quedármela.

Hurgué en la cartera de mi padre, pero no encontré nada interesante. Me puse a cotillear en su teléfono móvil. Su lista de contactos era mínima. La mayor parte de los mensajes que había recibido se los había enviado yo.

No había borrado ninguno.

Releí mis frases, escuetas, perezosas, repetitivas, tan monótonas que parecían generadas por un programa informático:

«Todo va bien. Un abrazo».

«¿Qué tal todo? Un abrazo».

«¡Feliz cumpleaños! Un abrazo».

Encima fui yo quien le obligó a que se hiciese con aquel aparato. Mi principal argumento fue que así podríamos comunicarnos aun viviendo en ciudades diferentes. Me remedó, algo resentido: «Sí, comunicarnos».

Ni rastro de relaciones con mujeres. Después de las Navidades, solo recibía mensajes de su compañía de teléfono, que cada quince días le informaba de ofertas pensadas expresamente para él. Dejé el teléfono en la mesita de noche, al lado de la foto en blanco y negro de mí madre. Pasé mi mano por su cara, como queriendo cerrarle los ojos, como si hubiese muerto por segunda vez.

Al ver la cinta de seda apoyada sobre la colcha cruda que cubría

la cama, me llamó la atención su color verde. Pensé que era la hora de un pequeño reconstituyente. Abrir una de las famosas botellas me parecía una buena manera de honrar la memoria de mi padre. A pesar de las ganas que tenía de meterme en la cama, bajé al entresuelo.

La escalera del sótano estaba sumida en la oscuridad. La puerta entreabierta dejaba pasar algo de luz del pasillo, pero apenas alcanzaba para distinguir el primer peldaño. A un palmo del marco de la puerta, mis dedos se toparon con un interruptor. Lo pulsé varias veces sin éxito. Estaba a punto de dar media vuelta cuando noté un leve destello en el rincón del rellano de la escalera. En un estante esquinero había un tarro de cristal que reflejaba sutilmente la luz del pasillo. Dentro del tarro había unas cuantas velas; al lado, una caja de cerillas y una palmatoria de latón con una vela a medio consumir. La encendí. Los peldaños eran altos y estrechos. Empecé a bajar las escaleras con pies de plomo.

Cuando iba por el tercer peldaño, escuché un ruido que venía de abajo. ¿Una rata? Era demasiado tarde para abandonar. Al llegar al pie de la escalera, distinguí en la penumbra un bulto considerable a cinco o seis metros de mí. No llegaba a distinguir lo que era.

Estaba tan nervioso que me temblaba la palmatoria en la mano. Me agaché para apoyarla en el suelo y seguí avanzando hacia el fondo del sótano, muy lentamente.

Poco a poco, alcancé a distinguir el contorno de una jaula con rejillas. Y como quien descubre de repente en la pared una araña que hasta ese momento le había pasado desapercibida, vi una cara. Fue tal la sorpresa, y tal el miedo, que no pude apartar mi mirada de ella. La expresión de terror de aquella cara me dio pavor. Reculé. Ya no veía nada. Ya no me atrevía a acercarme.

Farfullé algo, el comienzo de una pregunta, pero no sabía por dónde empezar porque había demasiados interrogantes, demasiadas cosas que no comprendía, así que me callé.

Se escuchaba movimiento dentro la jaula. No revelaba ni espanto ni desorden, sino más bien los movimientos calmados, precisos, de alguien que está a lo suyo.

Saqué mi móvil del bolsillo. Marión me había llamado dos veces. Marqué el número de la policía. No había cobertura en el sótano y se cortó la llamada.

Entonces escuché aquel ruido. Un ruido regular, procedente de la jaula. Parecía como si algo chocase contra la rejilla. Si creí que era miedo lo que sentí al descubrir la jaula, o al atisbar la cara en la penumbra, era porque aún no había oído aquella llamada metálica,

insistente, impersonal, similar al tictac de un reloj.

Corrí hacia la escalera y le di una patada a la palmatoria; no había reparado en que estaba en el suelo. La vela se apagó y seguí corriendo en la más absoluta oscuridad. Me tropecé con la segunda contrahuella. En un acto reflejo, extendí los brazos. Aunque evité abrirme la cabeza, la rodilla derecha golpeó de lleno contra el pico de uno de los peldaños. El dolor, amplificado por el pánico, me arrancó un alarido. Tuve que arrastrarme hasta arriba de la escalera, Mientras subía a gatas, no dejaba de escuchar aquel sonido metálico, resonando en mi cabeza como si estuviesen golpeando mi cerebro, y no la rejilla, con un martillo.

Una vez en el pasillo de la entrada, cerré la puerta con doble llave, y seguí subiendo como pude hasta la planta de arriba, con la única intención de alejarme lo máximo posible del sótano. Ahora me doy cuenta de que también podría haber salido de la casa, o pedido socorro, o llamado a algún vecino, pero nada de eso se me pasó por la cabeza, como tampoco se plantea uno en medio de una pesadilla si se despierta o no. Abrí el armario del cuarto de baño en busca de algo que me calmase el dolor. Cualquier cosa me valía, y encontré, para mi sorpresa, una caja de ansiolíticos. Mi padre aseguraba no fiarse de ese tipo de cosas, de «porquerías de esas», como él mismo decía. Pero ¿qué sabía yo de él? ¿Qué sabía yo?

La caja especificaba: COMPRIMIDOS DIVISIBLES 1 MG. Me tomé dos, volví a la habitación y me tiré en la cama sin quitarme los zapatos, Quise llamar de nuevo a la policía, pero no encontraba mi teléfono. Se me debió de caer en el sótano. ¿Será que el ansiolítico me empezaba a hacer efecto? No tenía fuerzas para bajar a buscarlo. Solo podía sentir que mi cuerpo se hundía en el colchón. Por otra parte, el techo se me antojaba demasiado alto, demasiado lejano. Debía llamar a la policía; lo intenté como pude; solo después de hacerlo podría dormir tanto como me pidiese el cuerpo. Recordé que el teléfono de mi padre seguía en la mesita de noche. Alargué el brazo, mis dedos se toparon con algo y lo escuché caer contra la moqueta, amortiguado. Mala suerte.

Quién sabe, mejor así…; ni yo mismo me creía que podría descansar después de avisar a la policía. Más bien al contrario: no me habrían dejado respirar; me habrían bombardeado sin descanso con preguntas durante las siguientes veinticuatro horas. Conocía su manera de proceder. Lo mejor era recobrar fuerzas antes de afrontar el momento, sobre todo porque las cosas podían torcerse: se sabe que más de un inocente ha acabado confesando crímenes atroces por falta de sueño, a veces por simple hartazgo. Ignoraba lo que se

les pasaría a los agentes por la cabeza al escuchar mi declaración, pero estaba seguro de que serían ideas muy retorcidas. Los dos comprimidos que me acababa de tomar me hacían incapaz de aguantar un interrogatorio exhaustivo, de desbaratar las trampas que a buen seguro me tenderían para ponerme nervioso. Después de una noche de descanso, mis respuestas serían más precisas, tendría las ideas más claras.

Estaba convencido de estar haciendo lo que debía. Me sentía aliviado. Los acontecimientos parecían haberse alejado lo suficiente como para que me dejasen de afectar. Respiraba de nuevo, como si hubiese conseguido ensanchar, con la sola fuerza de mis brazos, las paredes de una habitación demasiado estrecha. Y, con cada bocanada, mi aliento era más profundo.

Fue un sueño lo que me despertó. Me había comprado un conejo, tan pequeño que cabía en una funda de gafas. Lo tomé entre mis manos para acariciarlo. El conejo estaba asustado y no se dejaba. De repente se convirtió en una especie de gusano. Un gusano poderoso, rápido, blanco, de afilados colmillos, que pretendía meterse en mi boca, devorarme por dentro. No cabía la menor duda de que esa era su intención. Yo luchaba con todas mis fuerzas por devolverlo a su funda. Y desde el fondo de mi angustia surgió la voz de un niño, quejumbrosa y lúcida, una voz que no era del todo la mía ni tampoco la de otra persona, y que preguntaba: «Pero ¿quién te manda comprar este conejo?».

Eran casi las tres de la madrugada. Me moría de hambre; solo tenía un plátano en el estómago. Me levanté, me puse el batín de mi padre y bajé, cojeando ligeramente, a la cocina. No me comí mucho la cabeza: un poco de queso, pan de molde, restos de pollo frío, otro plátano. Aún tenía hambre. Había un paquete de cereales en la encimera. Recordé haberlo comprado en mi última visita. Seguía intacto. Eché un buen puñado en un tazón con leche, después me serví otro, y un tercero. El ruido que hacía al masticar me tenía entretenido. Clavé los ojos frente a mí, en la silla vacía. No pensaba en nada. Aquellas sillas con el asiento de mimbre me habían acompañado desde siempre. Ya estaban ahí cuando me quedaba embobado, con la marca de las sábanas en la cara, mientras me comía otros cereales, en otra casa, en otra ciudad, antes de irme al colegio.

Después me acordé del sótano y se me cerró el estómago. Abrí la puerta, encendí una vela, bajé las escaleras, recogí el teléfono, busqué la palmatoria, todo con el máximo sigilo.

Avancé hacia la jaula. El rectángulo que formaba la base medía

unos cuatro metros por tres, aproximadamente. Conforme la llama de la vela me iba abriendo paso por la oscuridad, empecé a distinguir algunos detalles. Una mesa baja con una bandeja de comedor encima; una cabina sanitaria de acero inoxidable en una esquina, conectada al bajante de la casa por un tubo que pasaba a través de la rejilla; en el ángulo opuesto, al lado de un pequeño radiador eléctrico, una cama de campamento. Me acerqué, tapando la vela con una mano para atenuar el resplandor; mi palma, dorada por la luz tenue de la llama, parecía salida de un viejo cuadro. Como si mi mano fuese por un momento la mano de otro.

Bajo una sábana de franela verde que cubría a medias su cuerpo, vestida con un chándal rojo, una chica dormida. Estaba acostada bocarriba, con la cabeza echada hacia el lado izquierdo, Se le marcaba el tendón del cuello. ¿Con qué fuerza no aplastaría la mejilla contra la almohada? ¿Qué amenaza intentaba evitar? Me detuve en el perfil que me brindaba. La piel era oscura, tirando a ocre, la nariz pequeña y respingona, la frente estrecha. Un mechón de pelo negro, suelto, dibujaba un meandro que serpenteaba hasta el pómulo, La boca entreabierta, los labios ligeramente arqueados, humedecidos, en señal de disgusto. No movía los párpados, como sellados por el sueño; tenía las cejas fruncidas. ¿Dieciséis años? ¿Dieciocho? ¿Quizá veinte? Siempre me costó adivinar la edad de las chicas.

Un ruido hizo que me girase. En un rincón del sótano, un frigorífico había empezado a zumbar. Al abrirlo, me coloqué frente a la puerta entreabierta para tapar la luz del interior y así no despertar a la chica. En las baldas, comida precocinada, yogures, compotas de frutas. Sobre el frigorífico, un microondas. Me acerqué de nuevo a la jaula y recuerdo sentarme en el suelo y decirme a mí mismo en voz baja: «¿Qué es todo esto? ¿Alguien me lo puede explicar?». Me salieron estas preguntas de la boca como quien reza, pero lo extraño es que no pronuncié aquellas palabras con demasiada convicción. Aunque era lo que en mi caso cabía preguntarse, podríamos decir que, en realidad, no deseaba conocer la respuesta, o bien que ya se me había impuesto con la evidencia del desastre.

Le di sin querer con el pie a la rejilla y desperté a la chica. No entendía lo que decía, empezó a escupir a trompicones palabras sin sentido, al tiempo que se incorporaba bruscamente sobre su trasero. Su pánico iba en aumento: repetía cada vez más rápido las mismas palabras incomprensibles; sus grandes ojos abiertos me miraban sin verme; estaba como ida. Lanzó un quejido inarticulado. La sábana

le estorbaba para moverse, pero se hizo un lío al intentar quitársela de encima. Empezó a revolverse con energía, como un pez atrapado en la red. No supe qué hacer, y le dije que todo estaba bien, que no había por qué temer. Se tranquilizó de inmediato, balbuceó algo y se volvió a dormir al instante. Bueno, como nunca llegó a despertarse del todo, digamos que su sueño superó las turbulencias.

Pavor nocturnus. El fenómeno me era familiar, pero nunca había visto cómo se manifestaba: era yo mismo quien lo padecía. Al menos, así lo afirmaba una chica con la que viví un par de meses. Me instalé en su casa con veinte años. «Anoche parecías un zombi. ¿Te ocurre desde hace mucho?», me dijo a propósito de mis episodios nocturnos. Lo único que sabía es que alguna vez me descubrí de madrugada empapado en sudor, de pie, en mitad de la habitación, con la luz encendida. Fue todo lo que le pude contar.

Parecía hacerle gracia. Era una tipa un poco rara. Me sacaba doce años, vivía en un apartamento enorme, era maestra y quería un hijo. Por aquel entonces, yo me dedicaba a leer tebeos y verme un par de películas al día. Muchas de las puertas que entonces tenía abiertas se han ¡do cerrando con el tiempo. Otras se han ido abriendo de improviso. Como la de PHONE SWEET PHONE. Como la del sótano.

La chica estaba completamente relajada. Seguí con los ojos cómo se hinchaba regularmente su pecho bajo la manta de lana y me vino un bostezo. Era hora de acostarme. Subiendo la escalera, observé que las paredes eran de pladur y que la puerta que daba al entresuelo estaba acolchada. Recordé que el antiguo propietario era músico; acondicionó el sótano para poder tocar allí abajo a cualquier hora, sin molestar ni a su familia ni al vecindario. Insonorización, aislamiento térmico, ventilación mecánica: desde luego, no escatimó en detalles. Cuando mi padre me habló por primera vez de la casa, pronunció la palabra músico con algo de orgullo. Se pensaría que la morada de un artista le depararía una vida más bella.

De vuelta a la habitación, estirado sobre la cama, me dije que aquello explicaba muchas cosas. Para empezar, que no me hubiese percatado de nada en mis anteriores visitas. Pero ¿qué me hacía pensar que la chica estaba ya allí por aquel entonces? ¿Cuánto tiempo llevaba encerrada? ¿Cómo lo hizo? ¿Por qué mi padre…? Intentaba dar respuesta a estas cuestiones cuando otro problema mucho más urgente se me vino encima: ¿qué iba a hacer? ¿Cómo se lo explicaría a la policía? ¿Aceptarían sin más en la comisaría que no me había dado cuenta de nada? Entonces me planteé cómo debía

comportarme ante ellos, pero la figura de mi padre acaparó de nuevo mis pensamientos en exclusiva: ¿desde cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué? Era como si me hablasen dos voces en mi cabeza, y mi atención iba de la una a la otra sin conseguir acallar ninguna. Me sentí acorralado por un pasado inexplicable y un futuro incierto. El presente había dejado de existir, y yo junto a él.

No conseguía quedarme dormido. Demasiado calor, demasiado frío. Cambiaba continuamente de postura, buscando el frescor y la calma. Aunque acababa de cambiar las sábanas, estas me olían *a* mi padre, una mezcla de cítricos y sudor.

¿Y las luces? ¿Por qué no funcionaban? El músico debió de pasar más de una noche en vela en el sótano. ¿Se trataba de un cortocircuito, de una bombilla fundida, o fue mi padre el que prefirió, por vergüenza o por amor a la oscuridad, pasarse a la luz tenue e incierta de una vela?

El despertador marcaba las cinco menos diez. Dudé si tomarme otro ansiolítico. Más bien, era un somnífero lo que me hacía falta.

Me quedé dormido cuando se despertaron los pájaros y empezaron a piar al alba en los árboles de la acera. En otras circunstancias, el ruido de los pájaros habría conseguido desvelarme, pero aquella mañana era una especie de bálsamo, Hay cosas que no cambian nunca, que siempre estarán ahí, presentes hasta el fin de los días. Me vinieron a la mente momentos similares, como cuando de pequeño me quedé a dormir en casa de mis abuelos maternos, en el campo. Me acordé de una tórtola que desató el gorjeo del resto de pájaros con su llamada, perforando el día naciente con una nota suave y obstinada.

VIERNES, 1 DE MAYO

Me levanté hacia el mediodía y me quedé un buen rato mirando al techo. Me pesaban las piernas, aún estaba confuso; supe enseguida que aquel sería uno de esos días que uno pasa desnortado. Días que no acaban de comenzar, que no tienen un mañana, días que se acaban antes de haberíos asimilado, días que resumen demasiado bien lo que a veces pienso que es mi propia vida.

Antes de avisar a la policía, me quise asegurar de que todo seguía igual, y volví a bajar, por si de repente el sótano era como el del resto de casas, con sus botellas, sus herramientas, su caña de pescar, su sombrilla… Pero el destello de la vela y el ruido de mis pasos alteraron demasiado el silencio y la oscuridad, y volví a escuchar el mismo ruido metálico. En esta ocasión, me acerqué a la jaula. Vi que la chica estaba golpeando la rejilla con la bandeja de comedor. Entonces comprendí lo que quería decirme; llevaba veinticuatro horas sin comer nada.

Darle de comer. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? El estupor del día anterior no justificaba aquella dejación. Fui consciente de algo aún más elemental; no llegué a tomar lo que había dentro de la jaula por algo real, aun existiendo. La chica era una especie de aparición tramada en las profundidades del sueño de otro, un sueño en el que me colé sin querer, como un hombre que se pierde dentro de un teatro y, de repente, va a parar al escenario, viéndose obligado a representar un papel que desconoce.

IMo dejaba de golpear la bandeja contra la rejilla. Me acerqué mientras intentaba tranquilizar a la chica, murmurando palabras que probablemente no comprendía (me vinieron a la cabeza las palabras ininteligibles que pronunció durante su crisis). De un lado de la jaula, a la altura de mis pantorrillas, distinguí una suerte de pasaplatos pivotante cuyo cerrojo solo se podía abrir desde fuera. Que este dispositivo estuviese tan bajo parecía indicar que había sido diseñado para animales. Me fijé mejor en la jaula y caí en la cuenta de que se trataba de una jaula para perros.

Con la mirada gacha, colocó su bandeja en el pasaplatos, y lo

hice girar hacia mí. Fui hasta el frigorífico, cogí el hachis parmentier y lo calenté en el microondas. Siete minutos más tarde le pasé la bandeja con el pastel ya gratinado, un tarro de compota y un yogur. Comenzó a comer con las manos. Aquello no podía ser más degradante, así que me puse a buscar cubiertos. Tal y como me había ocurrido encendiendo la vela, abriendo el pasaplatos o preparando la bandeja de comida, tuve que ponerme en el lugar de mi padre, pensar con su cabeza, repetir sus gestos. Acabé encontrando al lado del microondas una jarra con unas cuantas cucharas de metal (no había ni cuchillos ni tenedores, quizá por precaución), pero la cautiva ya se lo había comido todo,

Para preguntarle si quería algo más, hice el gesto de llevarme una cuchara a la boca. La chica se giró y me dio la espalda sin decir una palabra, sin mirarme siquiera. Cogió la bandeja y le dio con agua en el lavabo de la cabina sanitaria, Después se lavó los dientes. Parecía tener su rutina, un ritmo propio. Al observarla, sentí que crecía en mí un curioso sentimiento de desposeimiento. Ella estaba allí, en su casa, y era yo el sometido. Extrañamente, se había invertido la situación: de los dos, era yo el intruso.

Le dije que iba a sacarla de allí, que no le haría daño. Seguí soltando expresiones por el estilo, palabras tranquilizadoras, promesas en vano. Le hablaba como a los animales, recuperando entonaciones que uno daba por olvidadas. Y junto a esas entonaciones, un recuerdo.

De tanto que insistí, un día mi madre me compró un conejo. Tuve durante horas aquel cuerpecito tibio y palpitante apoyado en mis piernas; le susurraba al oído esas palabras sentidas que ya no tenía edad de decir a mis padres y que aún no me atrevía a dedicarles a mis semejantes. Al día siguiente, me dijeron que el conejo se había escapado. Me supuse que huía de mí porque no había sabido ganarme su cariño; pensé que no había estado a la altura, convencido de que ya había que ser perverso, o inepto, para no gustarle a un conejo; así dio comienzo mi vida interior. Con el tiempo, me enteré de que mis padres se deshicieron del conejo de buena mañana cuando comprobaron que había destrozado el jardín de la casa en la que vivíamos por aquel entonces, en las afueras. La explicación, aun siendo más verosímil que la historia de su fuga, llegaba demasiado tarde: mi corazón rechazó aquel injerto por ser Incompatible con la verdad que ya se había forjado.

Así que le aseguré a la chica que la iba a sacar de allí muy pronto. Todo lo que tenía que hacer era abrir la puerta de la jaula, aunque para eso había que encontrar la llave. La oscuridad del

sótano no jugaba a mi favor. Me prometí arreglar lo antes posible el problema de la luz, pero era más urgente encontrar la llave. La busqué por todas partes: en la jarra donde descansaban las cucharas, debajo del microondas, dentro del frigorífico, en las baldas de la pared. Ni rastro.

Abrí los brazos en señal de Impotencia. Pude haber llamado inmediatamente a la policía. Aún estaba a tiempo de acabar con aquella situación —un término amable, discreto, con el que referirme a un crimen del que empezaba a ser cómplice—, Pero ya sabe que no avisé a la policía, ni en aquel momento ni más adelante. Todo el mundo sabe lo que ocurrió, Sin ir más lejos, escuché que un humorista bromeaba sobre el asunto el pasado domingo, por televisión: «Un vendedor de móviles que no es capaz de llamar a la policía… Os voy a explicar cuál fue su problema. Es muy sencillo: creía que su móvil ya lo había hecho por él. A fuerza de repetirlo, se acabó creyendo eso de que los móviles son Inteligentes». No tardó en decir que los móviles también pueden ser útiles, no fuera que a los amantes de las tecnologías les diese por cambiar de cadena.

Suponiendo que sea capaz de explicar mi comportamiento, creo que quería liberar a la chica yo mismo, deshacer lo que mi padre había hecho. Aquello era un juego extraño entre mi padre y yo, y me tocaba a mí ponerle fin. Le pregunté dónde había escondido las llaves, con la voz ansiosa de quien busca un tesoro. Fue entonces cuando empecé a pensar que mí padre me había emplazado deliberadamente a desempeñar aquel papel, que quería tantearme, ponerme a prueba.

Subí de nuevo a la habitación y vacié todos los cajones del escritorio. Entre otras cosas, encontré las cartas que fuimos recibiendo tras la muerte de mi madre. ¿Quién me escribiría ahora? Mi padre se desentendió de sus relaciones sociales en cuanto se quedó viudo. Fue por aquel entonces cuando nuestros lazos se tensaron. Yo le tenía por responsable de lo que pasó, en la medida en que no fue capaz de evitar la muerte de mi madre, y a él lo que más le molestaba es que me sintiese culpable por no haber intentado hacer algo por mi parte, Dejé de hablarle, de lavarme; no me cortaba ni las uñas. A los dieciocho años me fui de casa para siempre. Él se mudó poco después.

No había ninguna llave en el escritorio, tan solo papeles. Revolví el resto de muebles de la habitación: la mesita de noche, la cómoda, la librería. Sin embargo, en el cajón de la mesita de noche no encontré más que olor a polvo y a madera vieja; en la cómoda, ropa

apilada, sábanas, toallas y bolsitas con perfume de lavanda; y en cuanto a la vitrina, tan solo protegía una veintena de ejemplares del Código General de Impuestos, colocados por orden cronológico.

El cansancio y el hambre me tenían inquieto. Todavía tenía el tufo a hachís parmentier pegado en la nariz; era un olor denso, repugnante. Me tendí en la moqueta, en medio de los papeles dispersos.

Encontré entonces una carta firmada por la empresa Scarpia, «Cajas fuertes, armarios de seguridad, blindados e ignífugos, puertas acorazadas, especialistas en compartimentos de seguridad». Felicitaban a mi padre por haber elegido una caja fuerte empotrable, y esperaban que cumpliese sus expectativas de manera satisfactoria. Nunca le escuché hablar de aquella adquisición. Junto a la carta, una factura que detallaba la minuta de instalación: «abertura pared lateral dormitorio, cavadura de 330 mm x 250 mm x 160 mm, material e instalación de la caja fuerte». La caja debía de estar escondida detrás de algún mueble. Retiré el escritorio, la cómoda, la vitrina: las paredes estaban intactas. Sin embargo, lo especificaba claramente la factura: «pared lateral dormitorio».

Solo quedaba un lugar posible, tan simple como rocambolesco. A media voz, felicitaba a mi padre por su astucia, mientras me acercaba al cabecero de la cama. Como una prolongación del cuerpo de quien duerme, la caja fuerte era un segundo cráneo, uno oculto que hace las veces de alacena de sueños, el verdadero meollo de una casa que no había dejado de mostrar sus lugares recónditos desde que llegué, como si al traspasar la puerta de entrada hubiese accionado un mecanismo oculto.

Probé con mi fecha de nacimiento, con la de mi padre, y finalmente la puerta se abrió con el día de su boda. Sin embargo, ninguno de los tres objetos que había dentro de la caja fuerte era una llave.

Lo primero que cogí fue un bozal de alambre de una botella de champán transformado en una silla en miniatura: la chapa hacía las veces de asiento; los alambres de hierro dibujaban las cuatro patas y el respaldo. Aquella sillita me sonaba. Mi abuelo la hizo en su cincuenta cumpleaños y se la regaló a mi padre. Era la primera vez que mi abuelo compraba una botella de champán.

Murió antes de que yo naciera, No pensaba demasiado en él, aún menos en la mina donde pilló la silicosis. Nunca he sido demasiado consciente de lo que ocurre bajo tierra. Para mí, yo no era más que el hijo de mi padre, primero oficinista y luego inspector de Hacienda, y cuando se contaban historias familiares, mi cabeza

estaba en otra parte.

Ahora que mi padre formaba parte del pasado, aquellas historias me parecían menos irreales, más cercanas. Yo era el siguiente en la lista: en un futuro yo también sería pasado. Así que, con la sillita entre mis dedos, pensé en mi abuelo, en que era 1 de mayo, y reparé en esa gente que responde al nombre de trabajadores, en esa idea de trabajo que nunca había tenido demasiado sentido para mí.

Saqué de la caja fuerte lo que estaba más a mano. Era un regalo que los compañeros de mi padre le hicieron por su jubilación. Como estaba preocupado por tener tanto tiempo libre de golpe y era aficionado a la pesca con caña (un gusto que me había intentado transmitir sin demasiado éxito), decidieron regalarle lo siguiente: una trucha de plástico pegada a una placa de madera, a modo de trofeo de pesca. Al apretar un botón, sonaba una cancioncilla y la trucha empezaba a menearse al compás. Como boqueaba, parecía estar cantando. La canción invitaba a no preocuparse por nada, a estar contento. Sus compañeros, movidos por la lógica aplastante que se esconde tras los regalos más absurdos, se sentirían orgullosos del hallazgo: «Cuando se venga abajo, siempre contará con la ayuda de la trucha. Su poder es infalible».

Me costaba entender qué empujó a mi padre a guardar aquello en la caja fuerte. Vale que le diese cosa deshacerse de él, pero ¿no habría sido preferible colgarla en su habitación o en el salón? Bueno, pensándolo mejor, también podría haberla metido en un armarlo, o en un rincón del sótano. ¿Representaría aquello una cierta ligereza, un paraíso íntimo? ¿Tan peregrina le era esa sensación? ¿Tanto apreciaba la levedad? ¿Tan escurridiza le parecía como para guardarla con ese recelo? ¿Representaba aquella trucha una vida que jamás tuvo? ¿Vislumbraba la promesa de una felicidad que sabía imposible?

Lo único que quedaba allí dentro era un viejo libro. Guardaba relación con la trucha. En la página de título amarillenta, llena de manchas, se podía leer: «El genio de las bestias. Zoología pasional. Escrito por A. Toussenel, autor de Los judíos, reyes de la época. Segunda edición, París, Librería Falansteriana, 1855». ¿Cómo consiguió mi padre aquella rareza? ¿Para qué la quería?

Y lo más importante: ¿guardaban alguna relación aquellas insignificantes reliquias con lo que ocurría en el sótano? Habría esperado encontrar en la caja fuerte, si no la llave, una explicación de lo que había hecho mi padre, algo confidencial. Pero no encontré nada, ¡Estaba desesperado! No llegaba a comprender lo que pasaba, y sigo sin entenderlo a día de hoy. Un antiguo inspector de

Hacienda, amante de los éclairs de café y de la pesca con caña. Me faltaba algo; puede que imaginación. Siempre se queda corta con los padres de uno. Cuesta tanto imaginarlos apareándose… Pero, de cualquier modo, ¿sabía mi padre lo que hacía o se volvió completamente loco? Vale que fuese maniático, incluso algo depresivo, pero ¿estaba loco? Aunque no nos viésemos con demasiada frecuencia, me habría dado cuenta. De acuerdo, partimos de la base de que era consciente de sus actos. ¿Y aun así podía tener encerrada a una persona en el sótano? Agarré la obra del zoólogo antisemita y la lancé contra la pared de la habitación, y allí se estrelló antes de caer lentamente, como un bicho.

Bajé a la cocina para comer algo, Sentía todos mis miembros lánguidos, débiles.

Puede que la crónica de mi apetito le traiga sin cuidado, pero si pienso en aquellos días, lo primero que me viene a la memoria son las piernas flojas, los párpados pesados, la cabeza vacía, ligera, como un globo de helio. Quedaba aproximadamente un tercio de cereales en el paquete, y me los serví en un bol. Mientras me los comía, le eché un vistazo al periódico que había dejado mi padre en la encimera.

Era un diario local, con fecha del día anterior: jueves, 30 de abril. MI padre lo habría leído en la mesa de la cocina mientras se bebía el café, como todas las mañanas. Lo primero que consulté fueron las necrológicas, tal y como hacía él. ¿Cómo reaccionaría al enterarse de que la esposa, los cuatro hijos y los doce nietos de no sé quién, muerto unos días atrás, piden que Dios le acoja en su seno? ¿Sonreiría con sorna, como solía hacer al imaginarse a Dios con «senos»? ¿Se lamentaría, como a veces hacía en mi presencia, de que su hijo no hubiese «fundado una familia»? ¿O simplemente habría agitado las manos, con ese gesto suyo tan particular, como quien espanta una mosca?

De una cosa podía estar seguro: no le Iba a escribir ninguna esquela. Me agobiaba solo de pensarlo. Inmenso dolor me parecía excesivo; pesar, inexacto; tristeza, fuera de lugar. Incluso suponiendo que hubiese encontrado la palabra adecuada, la recapitulación de las profesiones del difunto sonaría demasiado solemne:

Oficinista

Inspector de Hacienda

Una vida más triste que la muerte misma. Aunque, mirándolo bien, mejor pecar de solemne que meterme en un buen lío:

Viudo

Enófilo

Secuestrador de chicas

Pasé la página y comprobé que había un crucigrama a medio hacer. Mi padre parecía haberse atascado en una palabra: «aquello que da dentera a los hijos», siete letras. Lo Intentó con chucherías, pero tenía demasiadas letras. Cerré el periódico después de leer que habían aumentado los robos con allanamiento a las afueras de la ciudad,

La chica había entrado en la casa forzando la cerradura, Mi padre la pilló in fragantí y quiso que se le quitasen las ganas de reincidir. No se encomendó a la policía, y es que ¿cuántas veces le escuché lamentarse de «la Indulgencia de las autoridades con la delincuencia»? Así que la encerró en aquella jaula para perros que había comprado, queriendo darle así una pequeña lección de moral práctica. Una hora, dos a lo sumo, el tiempo de pasarse por el banco. La cosa es que nunca volvió.

Me tranquilizaba aquella hipótesis, de manera que intenté darle hechura. Las apariencias apuntaban en dirección contraria: la bandeja de comedor, el frigorífico repleto de provisiones, que estuviese conectada la cabina sanitaria al bajante, los hábitos que revelaba la cautiva con cada gesto. Pero eso no importaba: siempre acabamos encontrando la forma de que la realidad nos dé la razón.

Lo que me impedía demorarme un rato más en aquella fantasía no era la realidad, sino otra creencia, otro deseo, más poderoso, más profundo que el de mirar para otro lado. Digámoslo así: confiaba en mi destino. Antes, cuando pensaba en mi vida, me venía a la cabeza la Imagen de un túnel; imaginaba que, cuando llegase al final, me toparía con un acontecimiento que no entendería de azar, de fusilerías ni de medias tintas; una adversidad de la que solo se puede salir o victorioso o derrotado, No podía permitir que la situación fuese el resultado de un cúmulo de circunstancias, como la historia del robo fallido. Una tragedia más esencial se estaba desarrollando en el sótano, una tragedia en la que yo era el actor principal. De esta manera, dado mi papel, mi figura aparecía al final de un túnel, a contraluz.

Volví a pensar en la chica. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? ¿Sabría que empezaba a caer la noche? ¿Tendría una mínima noción del tiempo? ¿Dos días, dos meses, dos años, doce años? Decidí bajar para asegurarme de que seguía bien; también para tranquilizarla, para demostrarle que no me había olvidado de ella, aun habiendo desistido en el Intento de encontrar la llave. Antes me dio por comprobar el cuadro de luces del pasillo de la

entrada. Uno de los interruptores estaba bajado, así que lo alineé con el resto. Abrí la puerta del sótano: había vuelto la luz. Pero entonces un quejido sordo, continuo, desconsolado, me desgarró por dentro. Bajé las escaleras tan rápido como pude, gritando que no era nada, tan solo luz, que no tenía por qué tener miedo, pero la chica estaba tumbada bocabajo, con la cabeza escondida bajo la almohada, golpeando con desidia el colchón, regularmente, sin parar de gemir.

Busqué sin éxito el interruptor con la mirada. Lo más sencillo habría sido volver a subir para cortar la corriente, pero no podía irme del sótano. Empecé a gritar cada vez más fuerte para tratar de calmar a la chica, pero mi voz no llegó a interrumpir, ni siquiera a eclipsar, aquel bramido sordo e inagotable que salía de su pecho. La luz procedía de una bombilla que colgaba del techo. Me puse de puntillas para desenroscarla, con las manos desnudas. La bombilla estaba ardiendo; la solté enseguida y escuché cómo se rompía el cristal contra el suelo. El sótano se sumió en una oscuridad total. Mis ojos, aún deslumbrados, no conseguían distinguir nada. La chica había dejado de gemir. Me acerqué a tientas a la jaula y, apoyando las manos contra la rejilla, le expliqué que había sido un accidente, que lo sentía.

Sentí en la palma de mis manos el contacto con otra piel. ¿Era involuntario o intentaba decirme algo? No aparté las manos. Noté muy cerca de mí una respiración entrecortada, casi un jadeo. Había en aquella oscuridad compartida, en aquel silencio tras los gritos, en el contacto ciego e incierto, una intimidad que me desconcertaba. Pasados unos instantes, la avisé de que iba a encender una vela. Creí escuchar, desde el otro lado de la rejilla, que le temblaba la voz. Me pregunto ahora si la chica quiso disuadirme, hablarme quizá. Si me hubiese quedado allí por más tiempo, si hubiese tenido la paciencia y el valor de permanecer allí, ¿las cosas se habrían desarrollado de otra manera? Lo sé: me ha advertido en más de una ocasión que debo evitar hacerme preguntas que no tienen respuesta.

Volví a subir las escaleras en busca de una vela, Ya de vuelta, cogí algo del frigorífico y So metí un segundo en el microondas: noté que el bol de cereales no me había saciado del todo. Mientras se calentaba la comida, le pregunté por qué había reaccionado así con la luz eléctrica. Como no dijo nada, traté de encontrar una respuesta: mi padre solo encendía la luz en determinadas ocasiones, Puede que no fuese demasiado amable cuando lo hacía.

Elegí el plato sin prestar demasiada atención. Metí lo primero

que agarré, pero no tardé en darme cuenta de que se trataba de una lasaña. Me llegó el olor y me acordé de algo. Cuando le fue diagnosticada la enfermedad a mi madre, le subieron la dosis de un tratamiento que ya la tenía bastante debilitada. Tuvo que guardar cama; apenas podía comer, mucho menos cocinar, Mi padre compró un microondas para ahorrarse esfuerzos. Lo estrenamos juntos, él y yo, una noche de invierno. Eligió de menú lasaña congelada. No quitamos ojo del microondas el tiempo que tardó en hacerse. Aún puedo ver a mi padre pinchando desconfiado la lasaña con un tenedor y admitiendo finalmente, después de probarla, que no estaba tan mal como se imaginaba. Yo fui más efusivo, y ensalcé la maravillosa fusión de la bechamel, la carne picada y la pasta. Mi padre no apartó la mirada de su plato y, como no me había quedado claro si me había escuchado, empecé a acompañar cada bocado de murmullos de placer cada vez más profundos. Entonces mi padre levantó los ojos y me miró de tal manera que me quedé mudo; una de esas miradas de perplejidad, distantes, que hacen sentir Inmediatamente a los niños que su comportamiento es inapropiado. «No tienes vergüenza: clamando tu placer a los cuatro vientos con tu madre enferma. ¿Acaso no ves que ella está sufriendo, que yo estoy sufriendo, que todo es sufrimiento en esta casa?». Y me sentí tan abochornado, tan furioso, que participé (mejor dicho, acepté la invitación de mi padre a participar) de aquella pantomima, y todo por contentarle.

Coloqué el trozo de lasaña en el pasaplatos, me puse en cuclillas cerca de la jaula y, esperando alguna señal de aprobación, le dije que no estaba tan mal como se imaginaba,

Entonces mis palabras resonaron en mi consciencia: ¿que no estaba tan mal? ¡Estaba fatal! Menudo plan: estás en casa de tu padre, bajas al sótano y te encuentras con que hay una chica dentro de una jaula que grita como una bestia. Asegurarme de que la chica estaba bien, darle de comer, hacer las veces de carcelero piadoso: ese no podía ser el papel que el destino me tenía reservado. Sin acabar mi trozo de lasaña, subí a la casa, repitiéndome que había llegado el momento de llamar a la policía. Ellos sabrían cuidar de ella, y mejor que yo, Analizarían inmediatamente su estado de salud, le harían una prueba de sangre, le medirían el nivel de azúcar, Jos glóbulos rojos, el magnesio, y finalmente comprobarían la eventual presencia de lesiones. Es pronunciar la palabra lesiones y se me ponen los vellos de punta.

Una vez en el salón, me senté en el sillón con el teléfono en la mano, y no llamé a la policía. Cometí el error de pensar en lo que

iba a decir. Primero me identificaría; de eso sí me veía capaz, pero ¿era necesario mencionar de entrada que mi padre había fallecido, que acababa de llegar a la casa, que hacía mucho que no venía? Para mí era primordial, la prueba de que yo no tenía ninguna relación con todo aquello, pero era probable que mi interlocutor no lo entendiese de aquella manera.

El problema residía ahí, en explicar los hechos de una manera sencilla y sin quitarle hierro, y es que aquella llamada sería grabada y más tarde analizada, unos cuantos sabuesos examinarían cada una de mis palabras, deseando pescarme y probar que había mentido, No me hacía ilusiones al respecto, ya había tratado con ellos en el pasado. Las veinticuatro horas de detención preventiva me permitieron hacerme a la idea de cómo se las gastaban. Hablaron de contrabando, de tráfico de drogas, de red de distribución. Y no paraban de repetir las mismas preguntas. Por más que les explicaba que solo era un cliente ocasional, un fumador de fin de semana, como lo son miles de personas, mi interrogador meneaba la cabeza, chasqueando la lengua con parsimonia, como si se dirigiese a un niño que ha hecho una trastada. Y, al tiempo de soltarme, ni me pidió perdón ni se mostró arrepentido. Conocía bien cómo se las gastan.

¿Era posible disimular cuándo lo descubrí? Llegué el 30 de abril a mediodía, eso era un hecho incontestable, pero no tenía por qué haber bajado aquella misma noche al sótano. Tergiversar la cronología era tentador. No jugaba en mi favor que antes de llamar hubiesen pasado veinticuatro horas. Jamás aceptarían la sucesión de acontecimientos que me llevaron a posponer una y otra vez mi llamada. No colaría que mi primera reacción fue llamarles porque no lo había hecho: «¡Es que no había cobertura en el sótano!». «¿Y no se le ocurrió subir al entresuelo?». No comprenderían que antes de avisarles, hubiese preferido dormir o buscar por mi cuenta la llave. Explicar cuestiones como esta a este tipo de gente era imposible.

Mentirles tampoco era sencillo. A buen seguro serían capaces de datar mis incursiones en el sótano a partir de las huellas que había ido dejando, o de determinar exactamente cuándo había comido la chica por última vez. ¿Y si, de repente, a la chica le daba por hablar? ¿Qué diría? ¿Cómo interpretó mi actitud?

Mentir era demasiado arriesgado. No hacerlo me haría pasar sin duda por cómplice. Y ser el cómplice de un muerto es aún peor que ser el principal instigador de un crimen. No solo recae en uno toda la responsabilidad (a alguien hay que castigar), sino que encima

resulta que te tachan de cobarde y de miserable. «¿Cómo pudo ignorar este hombre el siniestro comportamientos de su padre? Estaba al tanto, no podía no estarlo. E incluso suponiendo que no tuviese ni idea de que su padre hubiese sido el artífice de semejantes atrocidades, cuando se encuentra solo en la casa, frente a aquella espantosa situación, ¿qué decide hacer este hombre que hoy comparece ante su señoría? Él mismo lo ha mencionado en su declaración: sube a la habitación y se acuesta. Elige expresamente la cama de su padre, allí duerme como un bebé, Me cuesta ser tan crudo, pero, mientras esta persona dormía a pierna suelta, una pobre criatura imploraba su ayuda bajo tierra, sola, hambrienta, desesperada. Ya lo dijo una de las mentes más lúcidas de todos los tiempos, y si to repito hoy aquí, es para que nos ayude a valorar el comportamiento de este triste Individuo; "El más Irreparable de los vicios es hacer el mal por necedad"».

No podía dar marcha atrás. Me había metido en un callejón sin salida y sería condenado. Sentí el pecho oprimido, como si se me hubiese quedado algo atragantado. De repente tenía calor y quise quitarme la sudadera, pero no tenía fuerzas para levantar los brazos; me costaba separar la espalda del respaldo del sillón. En mi lengua, en mi paladar, una película agria, dulzona, de la leche de los cereales. Aunque había pasado un rato, el regusto de leche cortada no se me iba, del mismo modo en que la palabra condenado resonaba en mi cabeza, y es que había entrado en mis pensamientos como un guijarro que se lanza a un charco, provocando círculos cada vez más amplios: cárcel, antecedentes penales, desempleo. Me froté la cara con ambas manos. Una barba incipiente me arañaba la yema de los dedos. Llevaba un día sin afeitarme.

En uno de los estantes de la vitrina, una botella de whisky. Estaba hundido en el sillón, pero alcanzaba sin necesidad de levantarme, Perfecto, me dije, así conseguiré armarme de valor para llamar a la policía. Cambié el teléfono por la botella y le di un par de tragos seguidos a morro. Estaba tibio, pringoso, un poco amargo; tuve la sensación de estar bebiéndome a mí mismo. Seguí bebiendo. El miedo se disipó, amenazado por un fuego, por una excitación que me corría por todo el pecho. ¿Llamar a la policía? ¿Por qué no?, será divertido. Pero, al tiempo que la botella era cada vez más ligera, el teléfono parecía haber engordado, porque, cuando quise cogerlo, los dedos cedieron y se me cayó al suelo, Me reí durante un buen rato, en silencio.

Entonces traté de cogerlo, pero sin utilizar las manos. En aquel momento me parecía absolutamente necesario conseguir levantarlo

con los pies. La indulgencia o la hostilidad de la policía, la clemencia o la severidad de los jueces, la simpatía o la ferocidad de los periodistas, todo dependía de la culminación de aquella gesta. Pero el aparato siempre volvía a caerse al suelo. Lo conseguiría. Era cuestión de tiempo.

Mientras tanto, siempre se puede cantar algo, como hacía el desconocido con el que compartí las horas de prisión preventiva. Se pasó un buen rato tarareando su cantinela antes de derrumbarse por el suelo. ¿Le entró sueño? ¿Se estaba muriendo? Fuera de la celda, las voces de dos agentes reverberaban entre los muros del pasillo. El paisaje se limitaba al grafiti indescifrable pintado en una de las paredes, y una luz cegadora impedía conciliar el sueño. Confinado en aquel espacio, el tiempo no pasaba, estaba estancado, como el whisky que maceraba en mi boca, incapaz como era de tragármelo. ¿Había bebido demasiado? ¿Recordar mi día de prisión preventiva me daba arcadas? Tenía la sensación de que me estaba enjuagando la boca con aceite de coches.

Hice gárgaras con agua en el fregadero de la cocina, pero el regusto no se me iba del paladar. Subí al primer piso para lavarme los dientes. Buscando a tientas el dentífrico, mi mano se topó con la caja de ansíolítícos. Me tomé un par y saqué de mí bolsillo el teléfono; llevaba ya un rato sonando, pero aún estaba a tiempo de cogerlo. No entendía nada: creí haberlo dejado tirado en el suelo del salón. Pero ¿qué más da? Mejor para mí. Le dije al rubio gordo que me examinaba al otro lado del espejo: «Ahí lo tienes, se te han adelantado. Saben que estoy teniendo algunos problemillas para llamarles, así que han decidido hacerlo ellos. Qué considerados…». Descolgué con aires de triunfo, dispuesto a agradecer con vehemencia la iniciativa a mi interlocutor.

Muy a mi pesar, no fui consciente de haber tenido aquella conversación hasta el día siguiente. Solo recuerdo que di tumbos, sorteando los muebles descolocados, el caos de papeles y los tochos del Código General de Impuestos esparcidos por el suelo, mientras intentaba llegar hasta la cama, que atravesaba la habitación como una balsa a la deriva, cuando pisé sin querer la trucha y esta empezó a cantar su canciondlla, toda alegre y despreocupada; «Don't worry, be happy, don't worry, be happy, don't worry, be happy».

SÁBADO, 2 DE MAYO

Mientras dormía, me acosaban conversaciones deshilachadas, ideas sueltas que se retorcían en mi cabeza como los gusanos pululan bajo tierra, despertándome a cada rato. Acabé por abrir los ojos. Me dolía la cabeza. El despertador marcaba las diez y doce. Un cuarto de hora más tarde, ya estaba listo para ir al ayuntamiento. No me pasé por el sótano antes de salir por miedo a llegar demasiado tarde.

Al pisar la calle, me di cuenta de que no había salido de la casa desde que llegué. Habían pasado dos días. Me acordé de algo que me solían repetir cuando era pequeño: «No te quedes ahí encerrado, aprovecha que hace bueno, sal a jugar». En aquella época, no entendía a qué venía aquel consejo. ¿No sabían los mayores que también se pueden apreciar los días soleados desde la ventana? Además, ¿por qué había que aprovecharlo a toda costa? ¿Y por qué solo el buen tiempo, y no la lluvia? Por aquel entonces, comprendí que a los adultos no les preocupaba tanto que yo no saliese de casa como que ellos hubieran dejado de hacerlo con el tiempo. Mi presencia les evocaba la infancia que creían haber tenido.

Después pensé en la chica del sótano. Quizá a ella le hubieran dicho lo mismo un buen día de primavera: «Sal a jugar, no te quedes ahí encerrada, aprovecha que hace sol». Y nunca más volvió. En alguna parte, cerca de las calles por las que caminaba en dirección al ayuntamiento, una madre, un padre, una abuela, aún esperaban que apareciese, cada día un poco más hundidos, sin llegar a perder del todo la esperanza. ¿Y qué hacía yo mientras tanto? Dormía, empleaba un día entero en encontrar una llave, cumplía las formalidades burocráticas. ¿Qué importancia tiene declarar un fallecimiento con unos días de retraso? Un día arriba, un día abajo… Teniendo en cuenta el percal, no tenía sentido ir al ayuntamiento, pero necesitaba salir de la casa.

Me tuve que apoyar en un coche aparcado junto a la acera. Alguien estaba cortando el césped; el olora hierba recién cortada Inundaba toda la calle. A veces, dejaba de sonarel motor del

cortacésped; entonces oía el canto de un mirlo, el zumbido de algún insecto, un gusano reptando por el asfalto. Habría querido quedarme allí, echado contra la puerta del coche, sin pensar en nada, fascinado y en silencio. Un hombre se asomó a una ventana y empezó a gritarme; quería que me alejase de su coche. Me incorporé.

A la salida del ayuntamiento, una pareja joven de recién casados era aclamada. Me abrí paso entre la muchedumbre hasta el pasillo de la oficina de Nacimientos y Defunciones. Me fijé en quienes esperaban, como yo, sentados en un banco. No era fácil distinguir entre quiénes querían declarar un fallecimiento y quiénes un nacimiento. Puede que los segundos estuviesen mostrando una seriedad Impostada en presencia de los primeros, y que los primeros tratasen de contener su pena. Pero aquellas caras guardaban un parecido más profundo. Todos tenían la mirada perdida, como si, más allá de la alegría o el dolor, algo simple y poderoso se hubiese revelado ante todos ellos: un ser había muerto para siempre, un ser había nacido hasta el fin de sus días. Incluso en sus movimientos —lentos, bruscos, sorprendidos—, aquellas personas parecían sufrir la fuerza de aquella revelación. Está claro que, tarde o temprano, la cotidianidad se impondría de nuevo. Sin embargo, aquellas personas quedarían marcadas por ese momento, cuando la existencia se les apareció en sus formas más simples, más claras, reducida a aquella brutal evidencia: para siempre, hasta el fin de sus días. Comparada con la de ellos, mi vida parecía estar sumida en un lugar confuso, opaco. Nada cambiaría, ninguna verdad se aparecería ante mí sin haber resuelto antes la situación. En vida, las relaciones con mi padre fueron complicadas. Su muerte tan solo vino a empeorar las cosas, Y, al entender que lo más valioso que los demás pueden darnos quizá sea su muerte, me sentí profundamente frustrado.

Había llegado mi turno. Veinte minutos más tarde, salí con una docena de certificados de defunción. Los necesitaría para poder organizar el funeral, para cerrar sus cuentas bancarias, para la suspensión de los cobros y demás formalidades. Cruzando el vestíbulo del ayuntamiento, vi un ordenador de libre acceso arrinconado en un entrante. Fui hasta allí y puse «personas desaparecidas» en el buscador. Una página web mostraba la lista de los avisos de búsqueda emitidos por la policía nacional, Ochenta y siete inquietantes desapariciones. Junto a cada descripción, una fotografía. Un octogenario con Alzheimer desapareció de una clínica el día de Nochebuena (distintivo; llevaba un cárdigan verde

con su nombre escrito en una etiqueta). Una estudiante morena de pelo largo (distintivo; en el lado derecho de la cadera lucía una mariposa tatuada) había sido vista por última vez con un abrigo de invierno de color oscuro; rondaba los veinte años. Una mujer de la misma edad, con rasgos norteafricanos, vestida con vaqueros azules y un polo blanco, no volvió a aparecer por el centro de acogida (distintivo: le faltaba una tercera parte de los dientes en el maxilar superior). Desde que salió del colegio hacía cuatro años, nadie había vuelto a ver a aquel chico delgado de ojos verdes y paletas separadas.

En el caso de las personas que llevaban mucho tiempo desaparecidas, un retrato robot sugería cómo habrían evolucionado sus rasgos, Pero aquellos rostros envejecidos por ordenador no parecían reales; aunque estaban modificados, desestimaron añadir al drama de la desaparición la impresión de ver un cambio demasiado violento, de manera que obviaron la flacidez de la piel, las manchas, ese deterioro que, en definitiva, con el paso de los años nos hace tan diferentes de como éramos.

Ninguna de las chicas de la lista me recordaba a la que me encontré en la casa. No parecía que ninguna familia estuviese sufriendo el suplicio que me había imaginado de camino al ayuntamiento. Todas las explicaciones seguían en el aire. Aquella lncertldumbre me angustiaba tanto como me tranquilizaba; por una parte, nadie la buscaba, pero, por otra, seguía sin asideros, sin puntos de apoyo. Habría preferido que mi historia se hubiese unido a otra, como en esas películas en las que un buen día los caminos de dos personajes se cruzan. Pero se ve que ningún guionista ingenioso se preocupaba por mi destino. Estaba abandonado a mi propia suerte, y aquello no me inspiraba demasiada confianza.

Tenía hambre. Al salir del ayuntamiento, me compré un sándwich y me senté en un banco, a la orilla del río. Respirar aire puro me venía bien. En la casa, tenía la sensación de estar sometido a un campo magnético que trastocaba mis pensamientos, mis deseos, y, a medida que mis actos se alejaban de mí propósito, no conseguía reconocerme en ellos. ¿Pasó mi padre por lo mismo? Creí recordar que a veces hablaba de la casa con una especie de inquietud, de veneración, pero no era más que una ilusión retrospectiva. Me ocurría lo mismo con todos los recuerdos que tenían de él: ya no sabía cómo interpretarlos. Creí conocer tan bien a ese hombre que hasta me llegó a dar grima, como esos bombones rellenos de caramelo que uno puede pasarse una tarde entera masticando sin poder tragarlos; ese hombre se había convertido en

un enigma espeso, viscoso. Todo estaba borroso, susceptible de múltiples interpretaciones, todas ellas contradictorias entre sí; todo envuelto en la penumbra de un sótano alumbrado por la llama de una vela.

Un hombre me preguntó si le podía dar algo suelto, o un ticket restaurante. Caí en la cuenta de que se me había olvidado darle de comer a la chica del sótano. Debía de ser mi manera de desmentir su existencia, como esos niños que se niegan a compartir su desayuno con los de cursos inferiores. Tenía que regresar y hacerme cargo de ella. Me levanté y reparé en todas esas personas de las que la situación me mantenía distante: los que corrían por el margen del río, las parejas que paseaban con su bebé en el carrito, los niños que echaban pan a los patos, el hombre que ahora le pedía unas cuantas monedas a otro y que, impasible, se iba de nuevo con las manos vacías.

Aún tenía que arreglar un asunto antes de volver a casa. Entré con decisión por la puerta de la funeraria. No tenía tiempo que perder, y así se lo haría entender a quien me atendiese. En PHONE SWEET PHONE, reconozco enseguida a quienes están acostumbrados a que se les obedezca. Para empezar, entran en la tienda como si fuera suya. SI han pasado treinta segundos y aún no han sido atendidos, miran su reloj. Suspiran en alto. A menudo, se marchan sin despedirse. El empleado que vino para atenderme tenía más o menos mi edad y, según la placa de su chaqueta, se llamaba Máxime. Cubriéndome con una mirada a la vez grave y tierna, murmuró «por favor» para ofrecerme asiento.

Expuse el motivo de mi presencia en unos términos que, unidos a mi ropa y a mi proxemia, debieron de sugerir mi condición de clase media. Eso hacía de mí un buen cliente, el consumidor ideal de una funeraria: aquel que, en los momentos decisivos de la vida, se siente en la obligación moral de no escatimar en gastos. «Deseo expresarle mis condolencias. Haremos todo lo posible para ayudarle en un momento tan difícil como este. Es por esto que quisiera, en el caso de que se vea con fuerzas, que dedicásemos un instante a hablar de su papá. Quién era, qué le gustaba, o qué recuerdo despierta en usted. Esto nos permitirá organizar una ceremonia que respete su memoria, un homenaje de excepción». De nuevo alguien que se refería a mi «papá». Le interrumpí agitando la mano, como quien espanta una mosca. No habría ni música, ni flores, ni discursos, ni homenajes de excepción; debía ser el lunes y quería que lo incineraran. Pero, como decimos en PHONE SWEET PHONE, antes había que concretar un par de detalles. Por un lado, el tema

de la ropa. Le prometí a Maxime que le proporcionaría un traje para mi padre antes de veinticuatro horas.

Ya veía la casa a lo lejos, pero me detuve un segundo. Alguien esperaba en la puerta. ¿La policía? ¿Un vecino que se olía algo? Reanudé la marcha con las piernas temblonas, el pecho oprimido, guiñando los ojos para intentar identificar a la persona antes de que me viese. Nos reconocimos al mismo tiempo. No supe fingir la alegría que Marion esperaba leer en mi rostro, ni disimular una contrariedad con la que ella no contaba. Frunció el ceño; en sus labios se dibujaba una sonrisa orgullosa, de quien no se deja amilanar, de quien se dice que todo tiene una explicación; una de esas sonrisas con las que intentamos expresar toda la seguridad que nos falta cuando nos ponemos nerviosos.

Conocía bien aquella sonrisa: era la misma que lucía cuando se me acercó en PHONE SWEET PHONE. Había venido para comprarse el cacharro más caro, más elegante y más potente de la tienda, ese que hay que tener si se quiere ser alguien en la vida. Le sugerí que, para una tarifa plana tan modesta como la que había contratado, no le hacía falta un aparato tan caro. Era como comprarse un coche de carreras para ir a comprar el pan. Nos quedaban existencias, por ejemplo, de un pequeño dispositivo más práctico, más sencillo, que cubriría de sobra sus necesidades. Una de las técnicas de venta: mostrar una honestidad intachable para intentar que se pase a una tarifa más cara. No había más que ver lo bien planchado que llevaba el pelo, oler su intenso perfume de muguete o fijarse en su sombra de ojos, para comprender que no renunciaría a semejante objeto de deseo, y menos suponiendo que todas sus amigas tuvieran ya uno. Mi duda era si aún se podía estimular un poco más sus ganas de consumir. Ella aseguraba estar muy contenta con su tarifa y se negaba a cambiarla. Como insistí de nuevo, ella me interrumpió de manera brusca, con la violencia de quien no está seguro de sí mismo. Unos minutos más tarde, mientras rellenaba su cheque, volvió a comentar el incidente: «Tengo la Impresión de que te ha molestado mi reacción. No lo niegues, se nota que te ha molestado. A ver, déjame que piense cómo puedo hacer para que me perdones. Si se te ocurre algo, llámame. Tienes mi número». Al comprobar el cheque, constaté que estaba emitido por un tal «François Saffre».

La llamé al cabo de dos días. Quedamos en un bar, cerca de PHONE SWEET PHONE. Fuimos a mi casa. Empezó a venir dos o tres días a la semana, y nunca se quedaba demasiado tiempo. Me encantaba que me clavase sus uñas de porcelana en la espalda. Me

encantaba el cuidado con el que dejaba sus joyas en la mesa del salón, siempre después de desnudarse, nunca antes. Me aseguró que nunca antes le había sido infiel a su marido. Estaba muy enamorada. Se conocieron en el colmado de sus padres el verano en que cumplió los dieciocho; ella se encargaba de cobrar. Sin embargo, lo pilló en un descuido, y se lo quiso hacer pagar con la misma moneda. Total, que estaba un poco perdida. Sin duda hacía falta estarlo para querer volver a mi sofá cama.

A veces había dientas que se fijaban en mí. ¿Es posible que en sus cabezas la telefonía representase un mundo líquido, secreto, como ocurre con el erotismo? Siempre me dejaba querer. Aquello nunca duraba demasiado, Volvían con sus maridos, conocían a otro, o era yo el que me cansaba. Lo más seguro es que quienes buscasen un progenitor se viesen decepcionadas de inmediato, Por su parte, las madres solteras que querían un padre para sus hijos, comprendían enseguida con qué clase de individuo habían dado.

Casi todas eran mayores que yo, casi todas pasaban por un momento difícil; una barrera Invisible me separaba de aquellas mujeres, y nunca llegué a cruzarla. Entre ellas y yo se Interponía un sentimiento, cada vez más incierto a mis treinta y seis años: aún era joven para según qué cosas.

«¿Nadie te ha enseñado que es de mala educación hacer esperar a una dama?», me gritó de lejos Marión, apuntándome con el dedo índice. Un anillo aparatoso, en forma de flecha, le cubría todo el dedo, como si fuese un segundo índice, aún más rígido y amenazante que el de carne. Sí, le gustaban las joyas extravagantes. Y mientras me seguía hablando, yo iba recomponiendo nuestra conversación del día anterior en mi cabeza, pero gradualmente, muy poco a poco, como antes de la invención de los sistemas de iluminación eléctrica, cuando la luz se Iba propagando de habitación en habitación en amplias y sombrías viviendas.

Fue ella con quien hablé por teléfono después de haberme pimplado la botella entera de whisky. Estaba preocupada porque no contestaba a sus llamadas; me preguntó si me pasaba algo. Lo que pasa es que mi padre ha muerto, respondí. Me propuso vernos: su marido estaba fuera de la dudad por motivos de trabajo (por su tono de voz daba a entender que sabía perfectamente el verdadero motivo de aquel viaje), y aseguró que me vendría bien un poco de compañía. No recuerdo qué le respondí. Lo que sé es que Marión estaba allí: por su manera de ser, llevaba a cabo lo que se proponía. Su coche estaba aparcado un poco más lejos, a la sombra de un tilo, Era un Mini Cooper descapotable de color rojo, que contrastaba con

todas aquellas berlinas grises aparcadas en línea a lo largo de la calle, Quería ver cómo era la casa por dentro.

Qué duda cabe, la dejé entrar. Sin embargo, no tardé en sentir cómo se formaba en mis labios una media sonrisa de incomodidad. Evité su mirada cuando le dije que aquello no era buena idea.

Ella extendió los brazos, sus manos totalmente abiertas y temblorosas, como si viniese de cargar sandías. Le había hecho recorrer trescientos cincuenta kilómetros para nada. Trescientos cincuenta kilómetros,

No había tiempo para entrar en detalles: una persona hambrienta me esperaba dentro. De todas maneras, tampoco había nada que explicar.

Me preguntó si estaba con otra, si me estaba esperando dentro. Y así era, pero no en el sentido que ella apuntaba; me entró la risa floja.

—¿Todo esto te hace gracia?

Con la esperanza de calmarla, pronuncié su nombre. Se abalanzó sobre mí, tan nerviosa que no le salía la voz. No iba a permitir que un niñato como yo la tomase por tonta. Y no quedó ahí la cosa, Cada insulto era más duro que el anterior, Le dije de nuevo que no podía dejarla entrar, aunque con una voz demasiado dulce. Le sentó como tres patadas.

Me empujó contra la puerta y sentí en la garganta el frío metálico del anillo con forma de flecha. Escuchaba la voz de Marión susurrándome al oído si aquello me parecía divertido. Primero me tachó de niñato, después de maricón, apretando cada vez más fuerte con el anillo, a la altura de la carótida. Me costaba respirar. Le pedí a Marión que parase. Me pegó un rodillazo en la entrepierna, luego otro. Me zafé de ella. Perdió el equilibrio y se cayó de espaldas, lentamente, con suavidad, como a cámara lenta, poniendo las manos para amortiguar el golpe. El contenido de su bolso se desparramó por la acera: un pintalabios rojo, una estilográfica, un juego de llaves, pañuelitos de papel y, como un gran escarabajo, el teléfono; la carcasa negra brillaba con el sol.

Quise ayudarla a levantarse, pero algo me frenó de golpe, Ella me miraba desde el suelo. Una especie de gruñido salió de su garganta. Me asusté. No sabía hasta dónde éramos capaces de llegar, ni Marión ni yo mismo. Entré en la casa y cerré la puerta detrás de mí, tan rápido que no le dio tiempo a levantarse. Empezó a golpear la puerta. Me insultó a voces, me amenazó, juró que no pararía hasta arruinarme la vida. Finalmente, después de un breve silencio, se escuchó un coche arrancar.

Ya en la escalera del sótano, experimenté por primera vez algo diferente al miedo: una especie de alivio oscuro y dulce, como a pie de playa en mitad de la noche. ¿Será que mi padre había venido para llevarme con él?

No tardó en hacerse oír el ruido de la bandeja contra la rejilla. Abrí el frigorífico y me decanté por la brandada de bacalao, La metí en el microondas y me acerqué a la jaula.

Allí estaba ella, de píe en el extremo opuesto, con su chándal rojo, con su mirada negra, fija, terca, como la de los chavales que van por ahí robando tiendas.

Busqué en sus ojos algún Indicio que desentrañase todo aquello, pero su mirada seguía siendo Igual de opaca, su presencia igual de misteriosa; quizá ella supiese cómo había llegado hasta allí, y eso hacía que sus ojos fuesen aún más insondables. No le aguanté la mirada y fue entonces cuando me di cuenta de que la chica tenía en el lado Izquierdo del mentón una pequeña cicatriz. No había reparado antes en ella. Aquel trozo de piel era más blanco que el resto. ¿Qué encerraba aquella cicatriz? ¿Un intento de huida? ¿Una herida anterior al secuestro? ¿Se caería del patinete siendo niña?

Sonreí. Era necesario que supiese que no quería hacerle daño. Su cara permaneció Impasible. A su sonrisa solo se llegaba por elucubración; a día de hoy, sigue siendo la única manera. Con decirle que me contestó levantando el labio superior maquinalmente, como si fuese una ventana de guillotina. A aquel rictus le faltaba vida, era demasiado frágil. Se limitó a enseñarme los dientes, y encima a disgusto. Prefería recordarla con una sonrisa que le cubriera toda la cara, que la transformara en una gran boca hambrienta, cruel, de esas que entornan los labios, arrugan la nariz, rasgan los ojos y perforan las mejillas con dos hoyuelos, Pero, por favor, ¿desde cuándo no sonreía?

Imposible sacarle ni una sola palabra, ¿Me entendía cuando le hablaba? Pensé que igual era deficiente mental. Y seguí hablándole, pero más lento, articulando cada sílaba. El timbre del microondas interrumpió mi tentativa.

Mientras la chica engullía la comida, se me ocurrió algo. Entre las imágenes guardadas en mi teléfono, busqué una fotografía que le hice a mi padre dos años atrás, un día que me llevó a dar un paseo por el bosque de los alrededores. Cuando la cautiva terminó de comer, le acerqué el móvil, suponiendo que algo le removería la foto, que alguna reacción tendría, de sorpresa, de miedo o de rechazo. Se acercó a la rejilla, miró la pantalla iluminada y volvió al fondo de la jaula, sin inmutarse. Entonces sentí que había tocado

fondo. Me desanimé: no conseguiría sacarle nada a aquella persona, solo conseguiría agotarme, minarme por dentro, como por una enfermedad incurable,

La cara de mi padre seguía en la pantalla del teléfono. Creí notar en su mirada una ironía póstuma, y me vino de nuevo la misma idea; me había dejado en herencia aquella Insufrible carga, y lo había hecho expresamente. No se trataba de un juego, como llegué a suponer, sino algo menos pueril. Quería seguir con vida; con vida en mí. Y ahora era yo, en contra de mi voluntad, el sucesor de aquel siniestro reino fundado por mi padre. Sufría su yugo, como cuando nos plantan una escena excesivamente sensiblera o violenta en una película: podremos tacharla de naif o de inmoral, pero aun así no quitamos ojo.

A mi padre no se le quitaba de la boca una sentencia que escuchó a uno de esos intelectuales que salen por televisión y no pueden parar de decir cosas Inteligentes: «Lo Importante no es comunicar, sino transmitir». En más de una ocasión, me Intentó explicar que mi problema era muy común en las sociedades modernas: haber sustituido la transmisión por la comunicación. Fui un desagradecido. No supe apreciar aquellas conversaciones, y una vida se forja a base de escucha, de tiempo, de paciencia. Por aquel entonces, le dejaba que largase por la boca. Yo tenía suficiente con vivir mi vida.

De ahí que, una vez muerto, me obligara a vivir la suya. De ahí que me legase el incomprensible delito del sótano. Mi padre y yo nunca estuvimos tan emparentados como durante aquellos días. Me pregunté si era aquello a lo que se refería con transmitir; si, desde que pulula por la tierra, el hombre había transmitido algo que no fuesen delitos. Dinero, deudas y más delitos.

Levanté los ojos hacia la jaula. La chica me dio la espalda. Quería quedarme allí, con ella, pero no sabía qué decir ni qué hacer. Como si, en virtud de un extraño equilibrio, la presencia de esa persona que no debía estar allí se compensase con mi propia ausencia, que me impedía hacer cualquier cosa. Me empecé a fijar con detenimiento, aunque sin demasiada esperanza en encontrar algo, en la estructura metálica, en la rejilla, en el pasaplatos, en el tubo del desagüe que, al unirse al bajante de la casa, estrechaba la relación entre la jaula y la casa, como una especie de cordón umbilical.

Me habría quedado allí más tiempo si no hubiesen llamado a la puerta. Subí para ver quién era. Al abrir la puerta, encontré a un hombrecillo de pelo cano en las escaleras de entrada, muy delgado,

con pajarita; parecía preocupado. Tenía unos enormes ojos azules que contrastaban con lo estrecho de su rostro. Me preguntó en modo afirmativo, como quien cree saber la respuesta de antemano, si yo era «el hijo». Después se presentó. Se llamaba Jérôme Duroselle y vivía en el número 17 de la misma calle. ¿Me había hablado mi padre de él? Su hija fue al banco el jueves por la mañana. Vio cómo la ambulancia se llevaba a mi padre. Venía para saber qué tal estaba.

Cuando le comuniqué que mi padre había muerto, Jérôme Duroselle cerró los ojos, apretándose las narinas con el pulgar y el índice. Se quedó así un buen rato. Empezó a preocuparme y le pregunté si se encontraba bien. Respondió que le tenía mucho cariño a mi padre. Cuando murió su mujer, se hizo un lío con la declaración de impuestos. Mezcló los ingresos de su mujer y los suyos, y tuvo problemas con el fisco. MI padre solucionó aquel litigio con una llamada de teléfono. Desde entonces, solían tomar café de cuando en cuando. Una vez, puntualizó, levantando el dedo índice, echaron una partida de dominó. Sus enormes ojos cargaban su mirada de una perplejidad infantil.

El impacto que supone una desaparición repentina. Hoy, cuando pienso en lo abatido que estaba Jérôme Duroselle, cuando recuerdo a Franck balbuceando en la tienda, sin saber qué decir, me pregunto en qué medida me afectó a mí, si no me duró varios días el estado de shock. Teniendo en cuenta que Jérôme Duroselle, que había echado una partida de dominó con mi padre, estuvo a punto de perder el equilibrio como un boxeador noqueado al enterarse del fallecimiento…

—¿Qué día se celebrará el funeral?

Le comuniqué los detalles a Jérôme Duroselle. Antes de marcharse, vertió sobre mí el torrente azul de su mirada y confesó que me había reconocido a la primera: «¡Eres clavado a tu padre!».

No quedaba nada en el frigorífico de la cocina. Me cansaba solo de pensar en ponerme a hervir pasta. Cada día que pasé en la casa me hizo envejecer unos cuantos años. No me podía creer que solo hubiesen pasado dos desde que llegué: el tiempo transcurría de manera anómala, a ratos más lento que de costumbre, a ratos más rápido. Parece que es habitual esta especie de disloque temporal cuando se ingieren según qué comprimidos. Hice cálculos y, como me reincorporaba al trabajo el miércoles por la mañana, me quedaban tres días para resolver la situación. Tuve que ayudarme de los dedos para contar: domingo, lunes, martes. Era necesario encontrar una solución, y rápido. Tenía miedo. No conseguiría

concentrarme de ninguna manera. Qué angustia ver cómo el tiempo se te escapa sin poder hacer nada… No sentía algo parecido desde la selectividad.

Entonces me acordé de que, en un curso de formación profesional, uno de los profesores nos explicó que, si alguna vez nos veíamos en apuros, lo mejor era intentar expresar las ideas por escrito. Esto nos permitiría: 1.˚, proyectar el problema fuera de uno mismo; 2.˚, visualizarlo; 3.˚, analizarlo; 4.˚, resolverlo. Nos aseguró que era un método muy eficaz. En PHONE SWEET PHONE no se había dado la ocasión de poner aquel consejo en práctica. Subí en busca de un cuaderno de espiral que vi el día anterior en el escritorio de la habitación; me senté en la mesa de la cocina, puse arriba del todo «LA SITUACIÓN» y comencé a escribir.

Antes de llegar a la situación propiamente dicha, sentí la necesidad de precisar qué tipo de persona era mi padre y qué trato teníamos. Dudé si calificarlo de distante, de complejo o de engañoso, pero ninguno de esos adjetivos era exacto (¿existe alguna palabra exacta para explicar aquello?), y mientras tanto me pregunté si todo lo que sucedió tras la muerte de mi madre, mi crudeza, mi marcha, el deterioro de nuestros vínculos, no afectaron a mi padre más de lo que me imaginaba. Durante aquellos años no pensé más que en mí. Por primera vez fui consciente de que quizá mi figura hubiera sido importante en la vida de mi padre. Nunca imaginé que pudiera necesitarme; es algo que a los niños ni se les pasa por la cabeza, ¿Habría comprado Igualmente una jaula si me hubiese comportado de otra manera, si me hubiese quedado junto a él, o simplemente con que le hubiera visitado más a menudo? Qué tonterías digo… No son pocos los viudos solitarios, los viejos gruñones, que no soportan a sus hijos. Muchos se acaban comprando un perro y tan felices.

Tanto que me recriminó mi distanciamiento, y puede que, por el contrario, fuese su deseo. ¿Qué hizo él para acercarse a mí cuando me marché de casa? Nunca vino a mi casa. Nunca pareció preocuparse por las cosas que suelen preocupara los padres de un chaval de dieciocho años que vive solo: si come bien, si duerme, si le falta ropa, con quién sale, con quién entra, si se junta con personas de fiar. Ya iba siendo hora de hacerme a la idea: aquel hombre no era el padre de nadie y yo no tenía nada que ver con él.

¿Nada? Igual exagero, porque, desde que llegué a la casa, mi comportamiento no era demasiado diferente del suyo. Entonces, ¿era yo también un monstruo? ¿Acaso no era necesario serlo para encerrar a alguien en una jaula? Puede que, sin darme cuenta,

siempre me haya comportado como tal. ¿Cómo pude haber tardado tanto en ver quién era mi padre realmente? Solo se me ocurre una respuesta: siendo de la misma calaña. Y mi padre lo había notado. Lo supo desde siempre. De ahí que guardase siempre las distancias conmigo. Sabía que si lo notaba angustiado, yo tendría que cargar no solo con mi fragilidad, sino también con su inquietud, y eso sería aún más duro para mí. Sabía que no podía ayudarme, así que solo le quedaba una opción: dejar que me fuera.

Jugaba con el bolígrafo haciéndolo girar alrededor del pulgar, como en el instituto. Acabó cayendo al suelo, No me tomé la molestia de recogerlo. Escribir, más que ayudarme a resolver la situación, lo estaba empeorando todo. Cerré el cuaderno y, sin saber por qué, bajé de nuevo al sótano.

Pensándolo bien, creo que era allí donde me sentía más cómodo. Arriba, daba igual donde estuviese o lo que hiciese porque mis pensamientos siempre giraban en torno al sótano, como por una ley de gravitación mental. Sin embargo, una vez en el sótano, dejaba de sentir su atracción. Allí no tenía necesidad de pensar. Bastaba con abrir los ojos, respirar, dejar el tiempo pasar, como a la orilla del mar.

Escuchaba, procedente de la jaula, la respiración profunda y regular de quien duerme. Sigilosamente, con mucho cuidado (como en otro tiempo, cuando, al volver del colé, atravesaba el salón mientras mi madre se echaba una cabezada, con los postigos cerrados), me acerqué, con la palmatoria en la mano.

Recostada de lado, la durmiente daba la espalda a la rejilla, de modo que lo que yo tenía de frente era su pelo negro, rizado, un poco encrespado, cubriéndole la nuca. De la cara, solo podía ver el perfil perdido, nada que ver con el rostro que contemplé el primer día mientras dormía, como un alpinista que sube a la misma cima por dos caras diferentes de la montaña. De esta forma, en mi memoria tenía la imagen de una nariz pequeña y respingona. Ahora bien, lo que se presentaba frente a mí desde esta nueva perspectiva ya no era el tabique nasal, sino la narina izquierda, tan delicada, alargada, contrayendo y ensanchando su forma oblonga, alargada. Pero fue la oreja lo que más me llamó la atención. Esa oreja que emergía, en primer plano, de la masa negra de pelo, como una pequeña caracola expulsada por el mar. En el borde del pabellón, un minúsculo lunar le daba, por contraste, proporciones gigantescas. Era un mundo, una isla, con sus arrugas, sus pliegues, sus ensenadas y, tan solo perceptible a la luz de una vela, su vegetación, una fina pelusa blanca, parecida a las gramíneas que

crecen en las dunas de la costa. Siguiendo la curva del pabellón, la mirada daba a parar con la península del lóbulo, y finalmente era succionada por el conducto auditivo. Me pregunté cuántas voces se acumulaban allí. Intenté imaginar los derroteros del sonido, recorriendo aquel conducto oscuro hasta ese órgano con forma de molusco, lo que se conoce como oído interno. Cansado como estaba, me imaginé que un hombre que menguaba su tamaño a medida que avanzaba cruzaba la puerta del sótano, bajaba las escaleras, se acercaba a la chica, se adentraba en su conducto auditivo y bajaba hasta el oído interno, donde se topaba con otro umbral que franquear, otra escalera que bajar, y así hasta el infinito.

Al salir de aquella ensoñación, me descubrí acariciando a través de la rejilla el lóbulo de la chica con la yema del índice. A día de hoy sigo sin comprender de dónde vino aquel gesto. No sé, la verdad. Recuerdo que al pasar el dedo por la piel, noté que no tenía las orejas perforadas, y es que mis dedos estaban acostumbrados a toparse con un agujero en el lóbulo de Marión cuando esta se quitaba sus pendientes.

La chica gruñó y cambio de posición. Retiré inmediatamente mi dedo y pellizqué la llama de la vela. No pretendía despertarla. Durante al menos un minuto permanecí inmóvil, apenas respirando, en la más absoluta oscuridad. Solo escuchaba la respiración de la chica.

Subí con la intención de acostarme. Me tomé un par de comprimidos. Ya se había convertido en una costumbre.

Justo antes de quedarme dormido, vi claramente que dentro de mi cabeza había un huevo. Aquel huevo contenía el sueño. Sabía que solo había que romper la cáscara, como

DOMINGO, 3 DE MAYO

Marión se me agarró del cuello, con la cara descompuesta, implorando que la protegiese: el cazador de pájaros, el cazador de pájaros estaba allí y quería atraparla; se escudaba en mí, no quería morir. «¿No lo oyes? ¡Viene hacia aquí!». Tenía razón: se escuchaba a lo lejos el canto de los pájaros encerrados en jaulas, Marión sollozaba de tan nerviosa como estaba. Yo mismo empecé a preocuparme también. De pronto, lo vi claro. Se me apareció límpida la solución. Agarré a Marión por los hombros y le dije: «Solo tienes que transformarte en pájaro. No se dará cuenta». Pero Marión no se tranquilizaba: «¿No lo entiendes? ¡Te estoy diciendo que ya está ahí!». Abrí los brazos con un poco de teatro para decirle que no veía ningún cazador de pájaros. Entonces Marión dejó de hablarme y empezó a verme con resignación, con lástima, con terror, como si mis últimas palabras hubiesen levantado entre los dos un muro infranqueable. Cada vez me llegaba con más ahínco el sonido de los pájaros. Sentía la presencia de alguien justo detrás, a mis espaldas, cada vez más cerca de mí. Lentamente, empecé a girarme.

El timbre de la puerta iba menguando gradualmente. Fui corriendo hacia la ventana. El hombre que esperaba frente a la puerta levantó la cabeza, tendiendo su cara hacia el sol, ya en lo alto del cielo. Nada como verse deslumbrado para no reconocer a alguien. Los ojos entornados, la frente arrugada, la nariz encogida, la boca entreabierta. Hay que añadir que tenía la cabeza afeitada, brillante como los chorros del oro. Vamos, un bebé estreñido intentando hacer caca. ¿Sería otro vecino que venía a dar sus condolencias, un vendedor de fibra óptica, un hombre que quería hablar de la llegada del Mesías? Bajé para abrirle mientras me enfundaba en la bata de mi padre.

Carita de Bebé no me devolvió la sonrisa. Para darme los buenos días, me miró fijamente a los ojos. Los suyos eran verdes. Su mirada, cándida y apacible; me inspiraba confianza, como me ocurre con usted. Dijo que tenía algunas preguntas que hacerme,

después de haberme enseñado la placa de policía.

Debí quedarme pálido. Igual me entró un tic nervioso, no lo sé. Uno nunca es consciente de la cara que pone. La cosa es que el policía me preguntó si me encontraba bien. Me sentía como si me hubiesen pegado un puñetazo en toda la boca del estómago.

—Se me pasará —dije—. Es que me he levantado demasiado rápido. Ya sabes, el típico mareo…

Consideró que mejor me sentase en algún lugar. Propuso que entrásemos en la casa, ¿Para qué negarse? Pasamos al salón. La botella de whisky que me había pimplado la otra noche aún estaba en el suelo. Me eché en el sillón. Las paredes, los muebles, la alfombra, todo dejó de existir; el espacio se me antojaba tan abstracto como el de una sala de espera. Carita de Bebé se quedó de píe. ¿Esperaba que le invitara a sentarse? ¿Se gustaba mirándome desde arriba? ¿Prefería estar en guardia, listo para una operación de alto riesgo, como dicen los periodistas? De ser así, no habría venido solo. Eché un vistazo por la ventana del salón. Por la calle rondaba un tipo enorme vestido con mono azul.

Carita de Bebé empezó preguntando si yo vivía allí. Expliqué que la casa era propiedad de mi padre, que acababa de fallecer. Dedicó un segundo a las condolencias y volvió a la ronda de preguntas. Una tras otra, como en una pesadilla.

—Pero ¿es usted quien reside ahora aquí?

Asentí con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

Me ayudé de los dedos para contar, Era el cuarto día, Añadí, para subrayar lo efímero de mi presencia allí, que me marcharía el martes.

—¿Ayer estuvo aquí todo el día?

Le dije que fui al ayuntamiento y a la funeraria.

—¿A qué hora volvió?

Respondí lo mejor que pude.

—Recibimos una llamada, Una persona del vecindario aseguró haber sido testigo, cómo decirlo… —Hizo una pausa. Su mirada erró por las paredes del salón antes de arrojarla sobre mí como una descarga eléctrica—. Un vecino presenció un altercado violento alrededor de las doce de la mañana, justo en la puerta de su casa. Me pregunto si usted tiene algo que decir al respecto.

Intenté disimular mi alivio. Trabajar en PHONE SWEET PHONE me tenía curtido en estas situaciones. Contenemos la alegría cuando conseguimos engatusar a un cliente.

Empecé a hablar de Marión. Se había presentado en la casa sin avisar. Ella tenía una idea equivocada de nuestra relación. Yo acababa de perderá mi padre, no tenía la cabeza para pensar en nada. El inspector me comprendía perfectamente, y es que cuando muere un padre… El inspector parpadeó, asintiendo: se ponía en mi situación. Seguramente debí de haberme mostrado más comprensivo con Marión. No tuve demasiado tacto, pero es que no daba para más, acababa de salir de la funeraria, estaba muy alterado. Sí, fui muy brusco, y eso la encendió, Es comprensible, su situación tampoco debía de ser nada fácil: una mujer casada, la presión… (alargué las palabras, Intentando hacerle ver que ya no me quedaba mucho carrete, pero el inspector parecía haber desayunado fuerte).

—¿Y qué más?

—A ver, qué más… —Fui separando las manos por fases, dibujando una bola Imaginaria que se va haciendo cada vez más grande.

—Todo fue a más, sí, pero ¿podría ser más preciso?

Le conté lo que pasó, y entre tanto se me escapó un bostezo. Le siguieron otros tantos, en una auténtica avalancha de sopor.

—Veo que tiene sueño. Le voy a dejar para que pueda descansar. —La persona que había llamado a la comisaría se quedaría mucho más tranquila. En el barrio, continuó diciendo, casi todos los residentes son jubilados. Incidentes como este rompen su calma, su rutina, Se ponen un poco…, ¿cómo decirlo?, nerviosos. A veces tienden a exagerar,

Yo también habría llamado, puntualicé. Si uno es testigo de un altercado de estas características, es necesario avisar a las autoridades: nunca se es lo suficientemente precavido si se piensa en todos los casos que hay de violencia machista.

Nuestra conversación había alcanzado un grado satisfactorio de corrección moral. Carita de Bebé me informó de que el caso estaba cerrado, a menos que Marión decidiese poner una denuncia (lo cual, añadió, parecía poco probable). Lo acompañé hasta la puerta. Viendo que se alejaba tan calvo, tan pensativo, bajo la luz cenital, me pregunté de qué color fue su pelo, cuando aún tenía.

Me surgió una pregunta aún más inquietante mientras me preparaba un café: ¿por qué no le dije nada? Solo tenía que abrir la puerta del sótano y pedirle que bajase las escaleras. ¿A qué venía mi silencio? No se trataba del silencio, El inconsciente, eso era, Durante nuestra conversación, ni siquiera se me pasó por la cabeza. ¿Fue el miedo lo que me enajenó? ¿Fue más bien una pulsión de

rebeldía, el rechazo de admitir que alguien, bajo el pretexto de que el Estado le permite hacerlo, entre en casa de alguien y empiece a hacer preguntas? ¿Quería controlar las circunstancias de mi confesión, que al menos aquello estuviese en mi mano? Finalmente, en medio de todas aquellas especulaciones, se me escapó una carcajada, Insinuando lo lamentables que me parecían; quizá me dio por reír porque aún estaba medio dormido. Era posible que, con tanto ansiolítico, tendiera a simplificar el funcionamiento de mi cerebro, o eso me parecía a mí, como si descartase cualquier ramificación, bifurcación o camino alternativo, a la manera de esos urbanistas que cambian un entramado de callejuelas por una arteria rectilínea.

Apenas le había dado un sorbo al café cuando volvió a sonar el timbre. ¿Qué quería ahora? Comprendí que me equivocaba cuando abrí la puerta.

Allí estaba el tipo del mono azul que vi a través de la ventana. Cruzó la puerta mientras me explicaba que era obligatorio revisar la caldera al menos una vez al año; en caso de explosión, algo que por supuesto no me deseaba, pero son cosas que pasan, me lo cubriría el seguro si aportaba el certificado que me entregaría; mejor curarse en salud, que una explosión semejante puede provocar enormes destrozos, como para que encima el seguro no los cubra; aunque, de todos modos, la ley así lo estipulaba, era obligatorio revisar la caldera cada año; cinco minutos y asunto resuelto.

Me dejaron aturdido todos aquellos argumentos, vomitados sin perder la sonrisa.

¿Que la caldera suele estar en el sótano? ¿Que si es aquella puerta, al fondo del pasillo?

Tenía que bloquearle el paso.

Insistió: cinco minutos de reloj.

Le pedí que se marchase. Como no paraba de ampararse en la ley, tuve que decirle que ya me sabía el cuento de los técnicos que aparecen con urgencia y sin avisar, con sus certificados falsos a precio de oro. No me enfadé: solo era un impostor, ¿quién no lo es, en cierto sentido, hoy día? Pero no podía dejar que bajase al sótano. Antes de cerrar la puerta, le animé a que probase suerte por el vecindario, que la media de edad era alta y tenía muchas posibilidades de colársela a alguien. Así aprenderían cuándo hay que llamar a la pasma.

Me acerqué a la ventana. Nadie parecía vigilar la casa. Tan solo algunas parejas iban camino de la Iglesia del final de la calle. La campana no paraba de sonar, anunciando la misa. Fue entonces

cuando volví a pensar en lo que le dije a Carita de Bebé: me marcharía en dos días. ¿Y la chica? ¿Qué sería de ella? ¿La abandonaría, la dejaría muriéndose de hambre en la oscuridad del sótano? La campana aún sonaba, con el ritmo de un llamamiento, con la insistencia de un reproche: hay que hacer algo, muévete, ¿a qué esperas? Levántate y anda.

La llevaría de noche a las afueras de la ciudad y la liberaría lejos de las miradas. Eso es lo que haría. Con los ojos vendados, para que así no reconociese la casa. De los alrededores de la ciudad, solo conocía el bosque de Sans-Souci.[1] Fui alguna vez con mi padre. Aquel lugar me parecía idóneo. Un sitio aislado pero cerca de una carretera; así no tardarían en encontrar a la chica. Debía alquilar un coche, ya que mi padre vendió el suyo después de un accidente. Mi móvil me indicó cuál era la empresa de alquiler más cercana a la estación. Me presenté allí, después de pasarme por la funeraria para dejarles un traje para mi padre.

Pasada media hora, me aseguré de que nadie seguía el Opel Astra que había alquilado antes de adentrarme en el valle. Era uno de esos días, tan frecuentes en primavera, en los que el sol, presente en todas partes aunque invisible, se esconde tras un cielo blanco. Deslumbrante, difusa, la luz me cansaba la vista. Por la ventanilla abierta me llegaba un aire tibio, un poco dulzón.

Me puse en el caso de que la chica fuera sentada a mi lado. Le habría mostrado los escaramujos del borde de la carretera, el bosque sombrío que se alzaba aquí y allá, el milano real que volaba en círculos allá en lo alto. Nos habríamos bajado en una estación de servicio. Le habría comprado un refresco, se lo habría bebido lentamente, apenas mojándose los labios con cada sorbo, inclinando hacia atrás la cabeza para apurar la lata (entonces, la cicatriz del mentón se me habría aparecido en primer plano). Me habría pedido que bajase la ventanilla y su pelo enseguida se alborotaría, le golpearía contra las mejillas, como una cortina por una corriente de aire.

Al salir de una curva, me metí por un camino sin asfaltar. Aparqué a unos quinientos metros de la carretera. Hice demasiado ruido al cerrar la puerta; llegado el momento, debía tener más cuidado. Recuerdo que mi padre siempre cerraba con suavidad la puerta del coche. El camino era pedregoso; en el centro, una franja de hierba; a un lado y al otro, hayas y robles; arriba, un cielo apenas visible por el ramaje; más abajo se escuchaba el fluir de un arroyo. La ubicación era perfecta. A nadie se le ocurriría ir hasta allí cuando cayese la noche, y, sin embargo, la carretera quedaba cerca.

Los neumáticos no dejarían huella en las piedras del camino. Por primera vez desde que me enteré de la muerte de mi padre, y a pesar del bochorno del mediodía, tuve la sensación de poder respirar en condiciones; hasta ese momento, no había hecho más que retomar mi propio aliento.

De vuelta al coche, apareció un cervatillo por mi derecha, Cruzó el camino de un brinco y se volvió a perder entre los árboles. A su paso solo dejaba el ruido, cada vez más distante, de las ramas que iba aplastando. Después, tan solo el latido acelerado de mi propio corazón.

Me hicieron falta unos cuantos minutos para calmarme, Más allá del sobresalto, aquello dejó una impronta más duradera, más confusa, como si me hubiera enfrentado a una señal que no llegaba a descifrar. Ahora (como se suele decir, viendo las cosas con perspectiva, aunque, cuando pienso en aquellos días, más bien tengo la sensación de que me persiguen), me parece que aquella aparición me llevó a la otra, a la visión inexplicable de la primera noche.

Al arrancar el Opel Astra, me acordé de la retahíla del tipo que me alquiló el coche, de su guiño pícaro: el motor está como nuevo; puede que no sea el tipo de coche con el que uno sueña, pero es perfecto para una escapadita romántica. Una vez en carretera, tan sinuosa y desierta, me dio por acelerar al salir de cada curva hasta llegar a la siguiente. Entonces, agarrando el volante con las dos manos, daba un frenazo; el coche derrapaba un segundo sobre las ruedas traseras antes de hundir de nuevo el pie en el acelerador. Tuvo vista el proxeneta que me alquiló el coche: me hacía falta una escapadita romántica.

Y así seguí conduciendo, sin ninguna intención, hasta que llegué a la ciudad. Me pasé por un centro comercial de la periferia para comprar una cizalla. Después me detuve frente a una pastelería. Quería darle un gusto a la chica, llevarle para su última cena en el sótano algo que no fuese un plato precocinado, Aquella tienda estaba pensada para gente de morro fino. Las tres dependientas vestían traje de chaqueta negro. Probablemente, mi padre no pisó nunca aquel sitio: sus éclairs de café se compraban en cualquier panadería, a euro y medio, y esos eran los que a él le gustaban, con la masa acartonada, el glaseado mate y pegajoso y la crema un poco insípida.

Fue Marión —me acordé de ella nada más cruzar la puerta— quien me aficionó a pasteles un poco más refinados, Cuando venía a mi casa, a veces traía una caja color aguamarina llena de pequeños

macarons de sabores variopintos: grosella y violeta, azahar, pétalos de rosa. Marión los mordisqueaba como un pajarillo, Una noche que su marido estaba en un congreso, me invitó a un restaurante con una estrella Michelín. La decepcionó profundamente descubrir que no comía pescado: debí habérselo dicho y habría reservado en otro sitio, que allí la especialidad de la casa era el San Pedro «al aroma de las Indias». Empezó a explicarme el resto de platos de la carta, Se la sabía de memoria. Debía frecuentar este tipo de lugares. Buscando por Internet, descubrí que su marido era un conocido promotor inmobiliario; trataba con numerosas personalidades políticas; parecía una profesión rentable. Ella nunca hablaba de él,

Le pregunté a la dependienta si tenían macarons. Me anunció con una amplia sonrisa que, por ser 1 de mayo, la maestra pastelera había creado los macarons de muguete, de edición limitada. Compré cuatro y me fui.

Nunca me sentí tan tranquilo en presencia de un desconocido como aquella noche, compartiendo la comida. Hasta la casa de mis abuelos maternos, en el campo, solo llegaban los caballos que venían a pastar al prado de al lado. Un día, mi abuelo me puso algunas briznas de hierba en la palma de la mano y me hizo pasar el brazo por la alambrada de espino. Uno de los caballos se acercó a paso lento. Unas cuantas moscas le revoloteaban alrededor de los ojos. «Abre bien la mano». El caballo agachó la cabeza a la altura de mi mano; me fijé en sus enormes dientes. «No tengas miedo». El hocico húmedo me rozó la palma: ni rastro de las briznas, ni de las moscas. La imagen me vino aquella noche, viendo cómo comía la desconocida, primero su fideuá y luego sus macarons, con la apacible voracidad de un animal. Evitaba mi mirada, mantenía la cabeza gacha, sin hacer ningún ruido.

Me quedé observándola un buen rato y de nuevo me vinieron imágenes que eclipsaban lo que tenía delante de mí. La lagartija que encerré en un frasco y examiné sin salir de mi asombro, con esa capacidad que tenía para quedarse quieta, una inmovilidad tan solo alterada por la palpitación regular de sus costados. O la cabaña que construí un verano bajo un arbusto con un amigo esporádico, también hijo único; nos pasábamos allí las horas muertas, comiendo chocolate con avellanas y mirando el cielo a través de las ramas. O la niña con la que me di mi primer beso, que cerró con fuerza los ojos en cuanto se juntaron nuestros labios, como ante un murciélago, mientras yo los mantenía abiertos —atenta, tranquila, pensativamente abiertos—. ¿Fue haber decidido liberar a la cautiva lo que a su vez liberó en mí todos aquellos recuerdos que creía

olvidados?

Nuestras miradas se acabaron cruzando, y me pareció adivinar en sus ojos negros, firmes, un rastro de dulzura. En aquel instante, sentí que se establecía entre nosotros un equilibrio tan delicado y profundo como un acorde armónico, un equilibrio en el que cabían la confianza, la esperanza, el cuidado, la piedad; en aquel instante, habría podido quedarme dormido frente a ella.

Ya mismo, le prometí, sin tener demasiado claro que me estuviese entendiendo, ya mismo te sacaré de aquí. De aquí, de este mundo infernal, de este sótano donde los dos deambulamos como los pensamientos en una cabeza demente. En la escalera me pregunté si el cuerpo que Iba subiendo los peldaños hacia el exterior del sótano era el mío, de tan leve como lo sentía.

Solo quedaba esperar a que fuese de madrugada. Intenté hojear el tratado de Zoología pasional que encontré en la caja fuerte de la habitación: «El cazador es el hombre corpulento que solo responde ante su propia ley y con su arma, que no se somete al yugo de ninguna tiranía, que prefiere la muerte a la esclavitud…». No llegaba a comprender de qué le servía a mi padre tener aquel libro, ¿Se pensaría que tenía algún valor?

Salí para estirar las piernas. Pronto me vi caminando por las callejuelas de la vieja ciudad, por medio de regueros de orina y excrementos de pájaro, entre fachadas de piedra volcánica. Era domingo. Estaba atardeciendo. Se respiraba mucha paz. Saliendo del cine, algunas parejas volvían a su casa a paso lento, cogidas por la cintura, como si fueran los figurantes de una película. Se encendieron las farolas. Poco a poco se fueron vaciando las calles. Solo se oían mis pasos contra los adoquines. VI una plaza a lo lejos, con su fuente y su banco de piedra; mi intención fue sentarme allí, pero, antes de llegar, dos personas empezaron a gritarse bajo un pórtico. Me desvié por la primera calle a mano izquierda. Un rótulo luminoso señaló la presencia de un bar abierto. Los tubos de neón verde formaban las palabras PAPÁ GALLINA. Tomé otra calle. Hacía mucho que no callejeaba por la vieja ciudad, pero sigo sin entender cómo, al cabo de unos minutos, pude encontrarme de nuevo frente al rótulo verde de PAPÁ GALLINA.

Al otro lado del escaparate, bañados de una luz rosada, se veían sillones y taburetes de cuero blanco. Dos hombres discutían, bebiendo alcohol duro; sola en la barra, una mujer inclinaba su cabeza sobre una pajita sumergida en un cóctel verde. Vestido con una camisa negra, el barman se contoneaba al ritmo de una música que yo no alcanzaba a oír. Empujé la puerta, me acodé en la barra y

pedí un bloody mary. No me venía mal un trago, viendo lo larga que se me presentaba la noche.

Cuando me lo sirvieron, la mujer se giró hacia mi y, con una sonrisa en la que se podía leer su entusiasmo contenido, me dijo; colores complementarios. Como me quedé mirándola con cara de no entender nada, señaló con el dedo nuestros cócteles. Rojo y verde, me dijo, conservando la misma sonrisa distendida. Tenía patas de gallo, el pelo rubio y rizado, unos sesenta años, nariz carnosa, regordeta, una expresión bondadosa. Dije: «Anda, es verdad», y empezamos a hablar. Se llamaba Annette y tenía un hijo que debía de rondar mi edad. El pobre no encontraba trabajo. Le dije que a la gente de mi generación le costaba años encontrar trabajo, y no es que acaben trabajando de lo que esperan precisamente, como me ocurre a mí, sin ir más lejos…; pero me interrumpió para susurrarme con voz dulce, muy acelerada, como quien confiesa un secreto, que el caso de su hijo era un poco especial.

Le pregunté si iba mucho al PAPÁ GALLINA, si le gustaba aquel lugar. No podía quejarse, no le cobraban las consumiciones. Entendí aquello como un bonito gesto por parte del encargado. La única condición, prosiguió, es que sea amable con los clientes; solo con los que me entren por el ojo, claro, y de nuevo sus labios dibujaron esa sonrisa suya tan peculiar. Después se puso a evocar los diferentes locales que frecuentaba en el pasado, sobre todo un club a las afueras de la capital en el que aseguraba haber visto, allá por el año 1972, a Alain Delon. Casualmente, yo estaba muy puesto en el tema; en el 72 fue cuando estrenaron Crónica negra, en la que el comisario Coleman se dedicaba a patrullar de noche por los Champs-Élysées, al volante de su Plymouth Fury… En su momento, me planteé estudiar cine, pero no conseguí matricularme en la universidad. Apoyando su mano sobre la mía, Annette me preguntó porqué no llegué a matricularme, y entonces yo me pregunté por qué estaba hablando con una mujer que no conocía de una época de mi vida de la que no hablaba, por lo general, con nadie. Me sentía cómodo y me pedí un segundo bloody mary.

Al ver que me lo tomaba de un tirón, Annette afirmó, en el tono que utilizaría un médico para diagnosticar una enfermedad, que había una mujer en mi vida.

—En cierto sentido, sí…

Me apetecía contárselo todo, pero no sabía por dónde empezar y lancé un suspiro de agobio.

—Pero no es fácil de explicar. Cada cual con sus desamores, está bien, entiendo — concluyó, añadiendo algunas palabras apenas

audibles que debían constituir una suerte de puntuación íntima con la que alargaba algunas de sus frases, del mismo modo que las borrascas dejan tras de sí lo que los meteorólogos catalogan como cielos parcialmente nubosos. Como no correspondían con el motivo de mi suspiro, mi cabeza asimiló aquellas palabras con unos segundos de retraso, el tiempo suficiente para descifrarlas, de modo que Annette ya había cambiado de tema cuando fui plenamente consciente de lo que ella acababa de decir: «No te preocupes, que hay más tías que días». No era la primera vez que lo oía. En su día, me sorprendió escuchar aquella expresión en boca de mi padre. ¿La sacó de Annette? ¿Se conocieron mi padre y ella? ¿Coincidieron en el PAPÁ GALLINA? ¿Se veían regularmente? ¿Se acostaron juntos? ¿Sabía ella cosas que yo ignoraba? ¿Estaba ella al corriente de lo que ocurría en el sótano? ¿Era mi padre el cabecilla de una red clandestina? ¿Organizaba en su casa orgías, violaciones colectivas? ¿Lo grababa todo en películas inmundas? ¿Estaba implicado Jéróme Duroselle también en la trama? ¿Sabía Annette quién era yo? ¿Me había reconocido? Lejos de tranquilizarme, aquella frase anodina me hundió en una espiral de la que no era fácil salir. Annette me preguntó si me encontraba bien. Respondí que necesitaba otra copa y el barman me sirvió un tercer bloody mary.

Otra idea, aún más extraña, me vino a la cabeza. Annette formaba parte de un dispositivo de vigilancia. También Carita de Bebé y el técnico. Yo era el objeto de las sospechas. Mi padre debió de avisar en vida a las autoridades por alguna de mis chiquilladas. Hasta pudo haber confiado a un notario una carta en la que lo explicaba todo y que debía ser abierta una vez muerto. No solo me había empujado a aquella situación, sino que además ofreció a la policía la manera de pescarme. Al llevarme la copa a los labios, me di cuenta de que estaba vacía y pedí otra.

Annette me dijo, en un tono maternal, que todo se iba a solucionar, que ella estaba conmigo, que, si me apetecía, podíamos subir al primer piso, a una habitación reservada para los clientes que querían relajarse un rato. En un gesto mal medido, aparté su mano cuando quiso apoyarla sobre la mía, y derramé la copa que el barman me acababa de poner —lentamente, con suavidad, como a cámara lenta—.

Era hora de marcharse. Annette salió conmigo, Chasqueé los dientes. Quiso agarrarme del brazo, pero no la dejé. Le dije que me iba a casa. Ella asintió con aquella sonrisa distendida, esa navaja suiza que lo mismo le servía para romper que para seducir, para prometer que para disculparse, para compadecerse que para

fascinarse…; pero vi que sus ojos se enturbiaban. Aparté la mirada: al otro lado del escaparate del PAPÁ GALLINA, el barman recogía lentamente con un paño el bloody mary de la barra.

Annette aún me miraba. Interpreté que le tenía miedo a la soledad, miedo a la noche, miedo a ella misma y miedo a cualquier cosa. Se me pasó por la cabeza que, en más de una ocasión, pensaría en acabar de una vez con todo. Le di un beso en la mejilla y, como se suele hacer en las despedidas, di algunos pasos hada atrás sin dejar de mirarla. La dolorosa rigidez de su mirada me trajo la angustia que retorcía el gesto de Marión ante la inminente llegada del cazador de pájaros, y la mirada aterrorizada de la desconocida detrás de la rejilla, y el miedo que vi en el fondo de los ojos de mi madre la última vez que fui a verla al hospital. Y, con esa extraña clarividencia que da la embriaguez, mi vida se me apareció como un largo pasillo habitado por mujeres a las que no supe ayudar.

LUNES, 4 DE MAYO

Llegué a la casa pasada la medianoche. Equipado con la cizalla que había comprado en el centro comercial y con dos pañuelos de tela, uno para atarle las manos a la desconocida, otro para vendarle los ojos, estaba a punto de bajar al sótano cuando un pensamiento me detuvo. Una vez liberada, la chica no sería capaz de ubicar la casa, pero sí que se acordaría de mi cara. La policía le pediría que me describiese. Empapelarían la ciudad con el retrato robot; por todos lados, en las comisarías, en las estaciones, en los mostradores de las tiendas, se verían mis ojos hundidos, mi pelo rubio, mis mejillas rosadas, redondas, y ese lunar de la sien que a veces parece indicar el lugar exacto, pero ¿de qué?

No era un motivo de peso como para echarme para atrás, La chica no me había visto nunca por mucho tiempo, y siempre en la penumbra. Sería sobre todo aquella noche cuando tendría la ocasión de mirarme de arriba abajo. Subí a la habitación y le hice tres orificios a una funda de almohada, dos para los ojos y uno para la boca. Con esta especie de capucha de verdugo enfundada en la cabeza, con la palmatoria en una mano y la cizalla y los pañuelos en otra, me dispuse a bajar las escaleras.

Estaba convencido de que liberar a la chica era un acto de justicia. Y gracias a los tres bloody marys que me había metido entre pecho y espalda, la satisfacción que me producía aquella idea se ampliaba, se dilataba, como las sombras desmesuradas que proyectaba la vela en las paredes del sótano.

La cautiva dormía. Me acerqué por última vez, con la esperanza confusa de desentrañar el misterio. Alrededor de la cara se esparcía su pelo negro, extendido sobre la almohada, Estaba tendida bocarriba, con medio brazo colgando fuera de la cama, como si, acostada a bordo de una barca, hubiese querido tocar con la punta de los dedos la superficie del mar; las pupilas trémulas, los labios entreabiertos por una respiración irregular, ligera, que indicaba que aún no había caído en un sueño profundo, que flotaba entre dos mundos.

Rodeé la jaula y me puse manos a la obra. Unos minutos más tarde, sentada en el borde de la cama, la chica, que se había despertado por el ruido, clavó en mí su mirada fija, severa. ¿Reconocía, bajo la funda de almohada que ocultaba mi rostro, al molesto visitante de los últimos días?

Aunque había dispuesto en la rejilla una abertura lo suficientemente amplia como para que pasase un cuerpo del tamaño del suyo, le hice señas para que se acercara. No se movió de la cama. Repetí el gesto. Sus ojos negros seguían sin expresar nada. Por un momento creí que no quería salir, que estaba contenta allí, que nunca había deseado verse en otro sitio que no fuera aquel. Por tercera vez, agité la mano para que se acercase. Entonces, se introdujo bocabajo, con la cabeza por delante, por el acceso que le había preparado. Mientras que ella salía lentamente de la jaula, primero un brazo, después el otro, yo supervisaba su avance, como lo haría un tocólogo durante un parto, dispuesto a atarle las manos en cuanto ella hubiese salido del todo. Sin embargo, salió una palabra de su boca, una sola, entre dientes —como esas palabras que pronunciamos mientras dormimos— pero reconocible como pocas: mi nombre.

Fue como si me hubieran enchufado una aspiradora en el pecho para dejarme seco. Solo me quedaban preguntas: ¿cómo lo sabía?, ¿qué más sabía?, ¿aún podía dejarla marchar? Algo, un decaimiento de hombros, una mirada trastornada, un gesto interrumpido, debió revelar aquel derrumbe interior. Porque si pude captar ese cambio radical que acababa de tener lugar en mí, esas dudas y ese miedo que me sobrevinieron brutalmente, fue por verme reflejado en esos ojos negros que me escudriñaban. Ellos también se vieron contagiados por la duda y el miedo. Dos animales asustados, privados de cualquier referencia y en un terreno peligroso; eso era en lo que nos habíamos convertido en cuestión de segundos, y era imposible dar marcha atrás. La última cosa que recuerdo con claridad es que, al intentar coger aire bajo la funda de almohada, noté, junto al frescor del detergente, un olor familiar a cítricos y sudor. Entonces, un velo cubrió mi mirada, y es que la chica tiró de la funda y los agujeros dejaron de cuadrar con mis ojos. Un instante después, recibí un golpe por detrás de la cabeza que me hizo tambalearme. Cuando quise quitarme la funda, me quemé. Era con la palmatoria con lo que me había golpeado la chica, y la funda empezó a arder. Tuve la sensación de que el fuego me había alcanzado también la cabeza, de que mi pelo ardía como la paja. Me estaba ahogando, no veía nada, no sabía lo que estaba haciendo, y

cuando al fin me deshice de la funda, sentí que mi cabeza, efectivamente, seguía ardiendo. Y me abalancé hacia delante, aguantando la respiración, con los ojos irritados, extendiendo los brazos hacia la figura que ya huía escalera arriba.

Lo que sucedió entonces no consigo recordarlo. Mira que lo he intentado…; cada día lo intento, pero hay una zona de la memoria que está en blanco.

Fue el dolor lo que me hizo volver en mí, un dolor tan agudo en la nuca que comencé a gritar. El cuerpo de la chica estaba tendido a mi lado, al pie de la escalera, con la cara contra el suelo. Constaté que había sangre alrededor de su cabeza, y que no tenía pulso.

Por un momento, el dolor cesó. Luego volvió, más fuerte, más desgarrador. Pero no era la quemadura lo que me hacía gemir y agonizar, lo que empañaba de lágrimas mis ojos, sino un arrebato desesperado contra la evidencia, el rechazo a admitir aquel desastre que había tenido lugar por mi culpa y en contra de mi voluntad.

Habrá tenido acceso, supongo, al informe de la autopsia, de manera que habrá leído lo que allí pone: fractura de cráneo (favorecida por una desmineralización ósea, consecuencia de la prolongada reclusión de la víctima), lesión del lóbulo témporo-parietal derecho, hemorragia masiva que provocó la muerte inmediata. Sé que intenta hacerse una composición de lugar, que se pregunta cómo pudo llegar a suceder. Yo también, créame. Pienso que debí de agarrar a la chica del tobillo y que, al caer, su cabeza golpeó contra un escalón. Después, su cuerpo cayó rodando hasta el pie de la escalera. Había restos de sangre en cada uno de los escalones.

Subí al cuarto de baño para enfriar mi cabeza bajo la ducha. Ya no se trataba de pensar, sino de respirar con normalidad. Tan solo sentía el chorro de agua en la nuca. Al salir de la ducha, me serví de un espejo para examinar la quemadura. Era muy reducida y me dolía mucho. Era buena señal. Ya sabía que las quemaduras más graves son las que, al arrasar por completo la piel, también lo hacen con toda terminación nerviosa. Era cuestión de esperar a que cicatrizase. Fui a buscar un acumulador de hielo al congelador de la cocina, lo envolví en un trapo y lo sellé con cinta de carrocero. Lo apoyé contra mi nuca y lo fijé pasando otro trozo de cinta alrededor de la mandíbula y al cuello. Apoyé los codos en la mesa de la cocina.

Una cosa es cierta: aquella noche ni se me pasó por la cabeza llamar a la policía. Era tarde, demasiado tarde —creo que siempre fue demasiado tarde—. Puede que estuviese demasiado obcecado

con la idea de que si me deshacía del cuerpo, no habría crimen.

Veía la situación con bastante distancia, lo analizaba todo en términos prácticos, no morales. Es usted quien debe determinar si se trataba de una muestra de indiferencia o si, como ocurre con las quemaduras, aquella anestesia moral era síntoma de algo mucho peor.

Podía llevarme el cuerpo fuera de la casa o bien dejarlo allí. El inconveniente de la primera opción era que podrían verme. La segunda parecía más segura. Quedaba decidir qué hacer con él. Sin jardín, no podía enterrar el cuerpo. ¿Entonces qué quedaba? ¿Destruirlo? ¿Cómo se hace eso? Poniendo por caso que encontrase las herramientas necesarias, ¿sabría utilizarlas? Me dije que probablemente mi padre habría sabido qué hacer. Mi abuelo también: en sus tiempos, se usaban las manos en el trabajo. Yo, lo máximo que había manipulado eran tarjetas SIM, frunciendo el ceño para hacer creer a los clientes que la operación que llevaba a cabo requería de una destreza fuera de lo común. Lo único que se me ocurría no era gran cosa: escribir en el buscador de mi móvil «cómo hacer desaparecer un cadáver sin salir de casa».

Bajé de nuevo al sótano y coloqué a la chica bocarriba; una mosca salió volando. Le cerré los párpados y me dije que debía evitar dejar huellas porque iba a tener que deshacerme del cuerpo fuera de la casa. Aun siendo bastante arriesgado, era lo más sencillo.

Subí de nuevo a por guantes de cocina. Mientras intentaba introducir a duras penas mis manos demasiado anchas en ellos, pude ver con claridad las huesudas manos de mi padre marcando el compás de una sinfonía que sonaba por la radio el día en que enterramos a mi madre. Bajé también un barreño, jabón, una esponja, y limpié el cuerpo, después de haberle quitado la ropa. Después lo envolví en un viejo saco de dormir — vestigio de veranos anteriores a mi nacimiento, cuando mis padres iban de acampada—, y lo arrastré peldaño a peldaño hasta lo alto de la escalera. Me había cuidado de aparcar el Opel Astra frente a la casa, Llevé el saco en brazos hasta el coche. Las dos y veinte de la madrugada. La calle estaba desierta. Ni una ventana con la luz encendida. Después de dejar el saco de dormir en el maletero, me dije que probablemente aquella irrisoria mortaja abrigó a mis padres el día en que, de manera no menos irrisoria, me concibieron; las cosas me parecían obedecer a una extraña y rigurosa lógica. Volví al sótano en busca de una pala, cerré la puerta de la casa y arranqué el coche.

Con la ayuda del GPS de mi móvil pude salir de la ciudad evitando las calles principales, y llegué hasta la carretera de Sans-Souci sin cruzarme con un solo vehículo. Giré a la altura del camino sin asfaltar y, con las luces apagadas, avancé hasta el lugar que había descubierto a mediodía. Todo lo que se oía era el centelleo de las piedrecitas bajo las ruedas. Cerré la puerta con cuidado para evitar hacer demasiado ruido. La noche era agradable, se podía sentir el aroma a muguete en el aire, o eso me parecía a mí. Quise inclinar la cabeza hacia atrás para ver el cielo estrellado, pero me ardía la nuca, así que ni lo intenté. En el colegio, un maestro intentó enseñarnos a identificar las constelaciones: la Osa Mayor, Casiopea… Solo retuve en la memoria los mitos que explicaban su nacimiento. En muchos casos, se trataba de una chica que, perseguida por un monstruo cruel, imploraba a las divinidades protectoras que se apiadasen de ella, por lo que le concedían a su cuerpo agotado la gracia de una metamorfosis astral, Pero aquellos dioses estaban muertos y todas las constelaciones tenían ya un nombre: el cadáver que yacía en el maletero del coche no sería más que un sórdido astro en el cenagoso cielo de las páginas de sucesos.

Agarré la pala y me adentré en el sotobosque. Bajo mis pies, el suelo era blando. A unos veinte metros del camino, me puse a cavar. Todo hacía ruido: el golpe sordo de la pala, la llamada de un pájaro nocturno, el crujido de una rama, el crepitar de una hoja, el canto de un sapo, el murmullo del arroyo que corría un poco más abajo. También me llegaba a ráfagas el olor a muguete que crecía a los pies del roble. Aquel olor siempre me había resultado agradable, hasta ese momento: ahora traía consigo algo dulzón y nauseabundo, como la piel de un anciano en la cama de un hospital. Todos los aromas, hasta los más frescos, me huelen a muerte desde aquella noche. Incluso el de su consulta.

Dejé de cavar hacía las cuatro: debía estar de vuelta antes del amanecer. Volví al coche en busca del saco de dormir y lo transporté hasta la fosa. Pero el cuerpo estaba completamente enroscado y no conseguía sacarlo del saco; las horas que pasó en el maletero lo dejaron completamente rígido. Tuve que ablandar los miembros yo mismo. Finalmente, conseguí enderezarlo en la fosa. Lo recubrí rápidamente: no tenía tiempo para florituras. Cada vez se escuchaban más ruidos a mi alrededor. Debió de cambiar el viento porque ya no me llegaba el olor a muguete.

Qué más daba si el cadáver no estaba del todo cubierto. Tarde o temprano lo descubrirían. Incluso sí así ocurriera, si encontrasen las pisadas o alguna huella similar, nadie me señalaría. Dadas las

circunstancias, mi vínculo con la víctima era desconocido por todos. No era mi esposa, no era mi amante, no había acabado con mi archienemigo. Nadie sospecharía de mí. Lo absurdo de mi crimen jugaba a mi favor. Lo más importante era no llamar la atención en el camino de vuelta. Decidí que haría una parte del trayecto en punto muerto —el camino contaba con dos kilómetros de pendiente descendente— y con las luces apagadas. De esta manera, si había algún pastor cerca de allí, no se percataría de mi presencia.

Antes de meterme en el coche, me detuve a mirar por última vez el camino pedregoso, los árboles, aquel lugar que tanta confianza inspiraba, tan sereno. El cielo comenzaba a clarear Se empezaron a entrever las formas. Cuando abrí la puerta del coche, oí un pájaro alejarse batiendo las alas.

Conseguí llegar a la ciudad sin cruzarme con nadie. Ya se lo dije antes: por la noche, allí la gente se dedica a dormir, El acumulador de hielo ya no enfriaba. Me volvía a doler el cuello. Ya en la casa, me preparé un café, me puse otro acumulador de hielo y bajé al sótano, Me puse a agrandar la abertura de la rejilla. Cuando el agujero fue lo suficientemente holgado, entré en la jaula y saqué el radiador, la mesa baja, la cama y las sábanas. No toqué la cabina sanitaria conectada al bajante por miedo a liarla. Después llevé uno a uno los muebles a la calle y los fui dejando en la acera de enfrente. Según pude ver en Internet, el servido de recogida pasaría a por ellos a primera hora de la mañana.

Amontoné lo que quedaba en el interior de la jaula en un rincón del sótano. Con todas mis entendederas puestas en la chica, no me fijé en la de cosas que había allí dentro: un juego de cartas incompleto, el envoltorio de una tableta de chocolate, un bote de vitaminas, un cortaúñas, un viejo cuaderno de papel de cartas con un membrete del Ministerio de Hacienda, una caja de tampones, un arándano seco, una corona de cartón como las que vienen en el roscón de Reyes, un pequeño frasco de perfume vacío, una pina, un tarro de crema Nivea, la que utilizaba mi madre, que con solo abrirlo me trajo el olor de su piel cuando venía a la cama para darme un beso de buenas noches. Cada uno de aquellos objetos eran el esbozo de una historia, pero no tenía fuerzas ni para imaginarlas.

Seguí cortando la rejilla. Eso es, me decía, hasta dejar el sótano bien limpio. Razonar en términos de limpieza era más propio de mi padre que de mí; me vendría de él, porque, de otro modo, no me lo explico, no me entra en la cabeza cómo hice todo aquello. Detrás de este pretexto se escondía la necesidad de hacer cosas para no pensar, de pasar de la acción al reposo y del reposo a la acción,

como un animal.

A mediodía, ya no quedaba ni rastro de la jaula. Llevaba veinticuatro horas sin dormir. Fui en coche hasta el vertedero para deshacerme de los escombros de la rejilla, así como del chándal rojo, de la bandeja y de otros objetos que encontré dentro de la jaula. Finalmente, fregué el suelo del sótano con lejía y me quedé un buen rato bajo la ducha, después de haberme puesto un nuevo acumulador de hielo en la nuca. No conseguía dormirme. No me quitaba de la cabeza el miedo en la mirada de la desconocida cuando descubrió mi propia angustia. Cogí el tratado de Zoología pasional de la mesita de noche: «Los chinos, que son un pueblo mucho más avanzado en lo que a sacarle partido a los animales se refiere, han tardado siglos en domesticar a la nutria», Pero era incapaz de concentrarme y me acabé tomando un par de comprimidos.

Un poco más tarde, Carita de Bebé llamó a la puerta —pero ¿cómo pude saber que era él si no había abierto todavía la puerta? —. «Ya entiendo, estoy soñando», me dije mientras bajaba a abrir. Resultó que el hombre que esperaba al otro lado de la puerta no era Carita de Bebé. Era Franck, vestido con esa especie de casaca roja que siempre llevaba en PHONE SWEET PHONE. Me mostró una pequeña jaula cubierta por una funda de almohada: «Aquí la tienes de vuelta..». Como le di las gracias, Franck prosiguió, sujetando la jaula por una arandela que hacía rodar sobre su dedo índice: «La próxima vez, ten un poco más de cuidado. Por lo general, todo el mundo tiene la suya bien guardada. Ya sabes, esta es una ciudad muy tranquila, llena de jubilados y de familias… Intentamos evitar incidentes como este. Tu padre se cuidaba, y mucho, de vigilar la suya, como el verdadero profesional que siempre fue. Tú no puedes decir lo mismo, ¿no te parece? Suerte que la hemos recuperado». Después de un gran esfuerzo, conseguí balbucear alguna palabra: «¿Qué jaula? ¿La suya? ¿Su jaula? ¿Su nutría?». Se partió de risa antes de responder: «No te sulfures, que estoy hasta arriba de curro. No me gustaría tener que enviar un parte. ¿Verdad que no hace falta?». Y se largó con la jaula. Lo llamé a voces, le dije que se le había olvidado dármela, pero la puerta se cerró en mis narices.

El reloj de mi teléfono marcaba las seis menos diez de la tarde. Tenía tres mensajes. En el primero, Máxime, el de la funeraria, se permitía recordarme que la ceremonia de mi padre daría comienzo en cinco minutos. En el segundo, se preguntaba si sería tan amable de tenerlo al corriente de mi situación, o de lo contrario se vería obligado a considerar mi ausencia como voluntaria. En el tercero,

me comunicaba que la ceremonia había transcurrido sin problemas. Un señor de apellido Duroselle había enviado un ramo de flores.

Al dejar el móvil en la mesita de noche, sentí en el cuello una especie de descarga eléctrica. No pensaba en mi padre, al que había dejado ardiendo a solas, bajo la supervisión de Máxime, el de la funeraria, sino en que tenía que reincorporarme al trabajo en dos días. Me sentía absolutamente incapaz de afrontar la vuelta. Necesitaba que me diesen una baja médica. Sería suficiente con contarle al doctor Lavergne que me había quemado haciendo crépes y que estaba profundamente deprimido por la muerte de mi padre. Se mostraría comprensivo. Sí cogía el tren de las once y cincuenta y cuatro, llegaría a tiempo de pasarme por el centro de salud antes de que cerrase. El simple hecho de pensar que, en menos de veinticuatro horas, estaría en la sala de espera del doctor Lavergne, lejos de la casa, lejos del sótano, hojeando una revista de animales de compañía, con una abuela con gripe a un lado y un adolescente con bronquitis al otro, me parecía tan irreal como las fantasías que uno elucubra mientras rellena la quiniela. Pero así sería: acabaría volviendo a mi casa y retomaría mi vida normal, lejos de la agitación y la demencia de aquellos cuatro días. Intenté convencerme de que así iba a suceder.

De modo que, antes de marcharme, decidí ordenar un poco la casa. Comencé por la habitación: con mucho cuidado, coloqué los objetos que había dejado desperdigados, cada uno en su sitio —los ejemplares del Código General de Impuestos, los papeles del escritorio, el contenido de la caja fuerte—. Por mi ataque de rabia, el tratado de Zoología pasional había dejado una marca en la pared; una pequeña marca marrón, supuse que por la piel de la encuadernación. Le di con un trapo húmedo para ver si conseguía quitarla, Necesitaba dejar la casa tan limpia como me la había encontrado. Tenía la intención de ponerla en venta para quitármela de encima lo antes posible. De hecho, dejé de limpiar para contactar con una Inmobiliaria, Quedamos al día siguiente por la mañana; alguien pasaría a valorar la casa y se llevaría un juego de llaves para poder enseñarla. Pedí que viniesen lo antes posible para que me diera tiempo a llegar a la estación.

No salía la mancha de la pared. De todas formas, era minúscula, tan solo perceptible para alguien que ya supiese de su existencia. Froté de nuevo con energía, pero en vano, y agaché la cabeza, descorazonado. Fue entonces cuando me vino aquella extraña idea: todo habría sido más simple si no hubiese bajado al sótano, si no hubiese venido para enterrar a mi padre. La chica habría muerto

igualmente, de hambre, pero sin pasar por la esperanza, la Inquietud, la espera, el pánico…; quién sabe lo que sintió ella durante aquellos cuatro días…

Justo después, me mordía el labio; ¿de qué me servía tanto especular? ¿En qué rincón mohoso de mi cabeza germinaban aquellas ideas? Volví a frotar la pared. Empecé a entender que tendría que pasar el resto de mis días ocupado, que ese sería mi verdadero reto: encontrar algo que hacer, algo que me impidiese pensar. Presentía que el trabajo en PHONE SWEET PHONE no sería suficiente. Demasiadas horas muertas, de brazos cruzados, sentado en el taburete. Y los teléfonos me harían recordara todas horas aquella llamada que no hice a tiempo. Poco a poco tomaba consciencia de que todo me llevaría a lo que ocurrió durante aquellos cuatro días, como un niño que es arrastrado cada mañana al colegio a la fuerza; cada vez que viera a una mujer dormida, cada vez que usase el microondas, cada vez que leyese la página de sucesos del periódico. Vivir me sería imposible; de hecho, ya lo era, pero ¿qué podía hacer, aparte de frotar la pared hasta el fin de mis días?

Me faltaba el aire. Llegué como pude hasta el cuarto de baño y me tomé dos comprimidos de un miligramo, Después me pregunté si era buena idea cambiar a cuatro comprimidos al día. Me quedé un momento de píe frente al espejo, con las manos temblorosas apoyadas en el reborde del lavabo.

Me dije que necesitaba pensar en otra cosa, que me diese un poco el aire. Me habría venido bien, Aún estaba un poco aturdido por la siesta. Pero no me atrevía a salir, Debía ser prudente: cabía la posibilidad de que ya hubieran descubierto el cadáver.

Bajé al salón y encendí la tele. Busqué alguna cadena de las que emiten noticias las veinticuatro horas. Un reportero que hacía guardia frente a la puerta del Tribunal de Primera Instancia de Nanterre hablaba con mucho entusiasmo de un caso de corrupción concerniente a la adjudicación de los contratos del alumbrado público en Hauts-de-Seine. Otro, a los pies de un inmueble destruido, rendía cuentas de una explosión de gas que le había costado la vida a seis personas. Otro, en una playa, auguraba que tendríamos mal tiempo el resto de la semana. Otro, en la puerta de un estadio, cantaba las alineaciones de los equipos. Ninguno mencionó el bosque de Sans-Souci. Sentí un cierto alivio: en el fondo, tenía la sensación de que la chica no estaría muerta del todo hasta que no descubriesen el cuerpo,

En el plato, un economista comentaba la supresión de la mitad

de las ayudas destinadas a las familias monoparentales, e hizo hincapié en las personas viudas. Pensé en Jéróme Duroselle. Debía estar preguntándose por qué no fui al entierro. Me apetecía hacerle una visita. Me ofrecería una copita de Suze o un pastís. Brindaríamos a la salud de mi padre y apoyaríamos nuestros vasos en una mesa maciza de nogal. Acto seguido, lo más probable es que me propusiese una partida de dominó, Su gato —porque estaba seguro de que tenía uno— se frotaría contra mis pantorrillas. Puede que, después de una o dos partidas de dominó, Jéróme Duroselle me preguntase si me apetecía quedarme a cenar. Como le agradecería la hospitalidad, me diría: «Puedes volver cuando te apetezca». Y añadiría, agachando la mirada, sonrojándose; «Eres como un hijo para mí».

El presentador avanzó que comentarían los principales titulares de la actualidad después de una pausa publicitaria, y me puse a zapear. Entre las Imágenes que durante algunos segundos pasaron frente a mí, me topé con una película en blanco y negro. Era de noche. En una roca, a orillas de un río, un sapo en primer plano. Detrás, una barca, en cuyo extremo están sentados dos niños que se dejan llevar por la corriente, a la deriva. Uno de ellos entona una canción de cuna. El sapo gira la cabeza para seguir la barca con la mirada.

Volví a la cadena de noticias, pero aún estaba en anuncios, Una mujer de unos cuarenta años se deshacía en elogios hada sus compresas, De entre todas sus virtudes, la que más valoraba era su discreción.

Puse de nuevo la película en blanco y negro. El mismo río titilante, la misma barca, los mismos niños. Pero en esta ocasión, en la orilla, había dos conejos en primer plano. Sus cuerpos palpitaban, sus orejas tiritaban, sus hocicos temblaban, mientras veían pasar la barca.

Acabé por llamar a Marión, apagando la tele con la otra mano. El anuncio de compresas me hizo pensar en ella, La mujer se le parecía un poco; las dos tenían el mismo peinado, Me arrepentía de haber perdido los nervios cuando ella vino; le agradecía de todo corazón su visita.

Solo se escucharon dos tonos antes de que saltase el contestador; eso significaba que Marión había rechazado mi llamada deliberadamente. Se negaba a hablarme y me lo hizo saber. No dejé ningún mensaje.

Afuera empezó a llover: un chaparrón de primavera. Pensé en el cuerpo estirado bajo tierra, bajo la lluvia, en el bosque, Necesitaba

pensar en otra cosa, o un poco de compañía, quizá. Me monté en el coche y fui al PAPÁ GALLINA, El barman era el mismo, la música y los dos hombres que discutían cerca del escaparate, también. Sin embargo, Annette no estaba allí. Le pregunté al barman por ella y me dijo que no vendría aquella noche. Expresé mi decepción: ¿dónde podía encontrarla? El barman no lo sabía. ¿Sabía él dónde estaba? Probablemente, pero me dijo que no, sacudiendo la cabeza con cara de pocos amigos. Me molestaba su obstinación: ¿acaso tenía yo cara de ir estrangulando mujeres por ahí? Apoyé un billete de cincuenta y se lo acerqué arrastrándolo por la barra. El barman me miró fijamente a los ojos, desafiante, y me preguntó a qué estaba jugando. Me asusté: no contaba con que reaccionara así. Insistió, elevando el tono: «Perdona, te he hecho una pregunta». En ese momento, los dos hombres de la entrada interrumpieron su conversación y se giraron hacia nosotros. Al final le dije que solo quería un whisky. El barman se negó: según él, no estaba en condiciones para consumir alcohol. Repetí, Indignado; «Que no estoy en condiciones… —¿No me podía estar calladito? El barman y los dos hombres se empezaron a reír—. Aquí las condiciones las pongo yo, que para eso soy quien paga». Uno de los hombres me dijo que lo mejor sería que me fuese a casa.

Afuera ya no llovía. El cielo se fue despejando poco a poco. A lo lejos, una esquirla de sol coronaba la cima de las montañas. Me sentía de maravilla. No tenía ninguna gana de volver a la casa. Prefería retrasar la noche, conducir hacia la luz, ir tras los últimos destellos, en dirección oeste. Cogí de nuevo el coche. La carretera me era familiar. Conduje muy despacio. Me venían las imágenes que había visto por televisión: la barca a la deriva, el sapo, los dos conejos. No era la primera vez que veía aquellas imágenes, pero no me acordaba de nada, ni del nombre de la película, ni de la historia, ni de los actores, y me irritaba en cierta medida, ya que presumía de tener una excelente memoria en ese terreno. Me venían sensaciones de fragilidad, de peligro, de intriga, todas estaban ahí, al borde de mi memoria, y todas me pasaban de largo, como una barca arrastrada por la corriente que uno ve desde la orilla.

Por tercera vez cogí la curva, y me metí de nuevo por el camino sin asfaltar. En ningún momento me planteé —ahora me doy cuenta — ir a otro lugar. Casi había anochecido cuando salí del coche. El borde del camino estaba lleno de anémonas. Arranqué algunas y me adentré en el sotobosque. Tuve que servirme de la luz del móvil para encontrar el lugar en el que había enterrado a la chica. Dejé caer las flores sobre la tierra removida. Quise cavar para comprobar

que aún seguía allí, para ver que era cierto, pero algo me retenía. Tenia miedo por lo que podía encontrarme: el cuerpo frío y azul como la noche, la tierra atestada de insectos. Me contenté con apoyar la mano y hablarle. Qué más da lo que dije… Que allí estábamos, ella y yo, como dos niños en una barca a la deriva. Que estaba mejor allí que en el sótano. Que era yo quien debía estar enterrado y no ella. Que la tierra estaba fría. Que la tierra estaba caliente.

La lluvia inundó el ambiente de un olor que no había percibido la noche anterior, más potente, más húmedo que el aroma agridulce del muguete. Aquel olor me envolvía de pies a cabeza, y quise desaparecer en la boca húmeda y oscura de la noche, quise confundirme con ella, con los árboles, con la tierra donde descansaba la chica, con el arroyo que se oía fluir un poco más abajo.

No sé si lo que ocurrió después fue fruto de mi Imaginación. Me cuesta verme haciéndolo; sin embargo, tengo un recuerdo difuso de aquel momento. Puede que las cosas sucedieran así, puede que me pusiese de pie, que comenzase a caminar en dirección al arroyo, cuidando de por donde pisaba, como si el suelo fuese la piel de alguien que duerme —como si toda aquella zona, con sus montañas chatas, con sus volcanes, con sus cúpulas redondeadas, fuese el cuerpo durmiente de una prisionera gigante que estuviera a punto de despertarse, que fuera a romper de un momento a otro sus cadenas—, A medida que me acercaba al arroyo, noté movimiento a mi alrededor, noté temblores y aleteos cada vez más numerosos. Las hojas de las hayas brillaban en la noche como las escamas de un pez. La superficie de la corriente, cambiante, titilante, parecía el pelaje de un gran caballo negro. Cerca del arroyo olía a fango fresco. Creí escuchar que alguien murmuraba mi nombre; los sonidos se perdían, débiles, junto a la corriente. ¿Cómo desoír la llamada, si solo tenía oídos para escucharla? Sumergí una pierna en el arroyo, después la otra, el agua me llegaba hasta las rodillas. Sentí los pies y las pantorrillas apretados por el frío, como si llevase un par de botas demasiado estrechas. Algo me rozó las piernas; en un principio creí que se trataba de un pez, o bien de una serpiente, antes de hacerme a la idea de que no era nada, tan solo agua, la vida secreta y obstinada del agua. Me agaché y me mojé las manos para refrescarme el cuello. Luego me puse en cuclillas. Me metí hasta los hombros en el agua helada. Nada me podía hacer daño porque dejé de existir: un niño en el vientre de la noche, como la chica descansando bajo tierra, unos pasos más allá, cuya presencia

sentía esparcida por todas partes. El mundo la había asimilado. Y, si me quedaba en el agua, el mundo me acabaría absorbiendo a mí también.

¿Imaginé también aquel estruendo? Venía del sotobosque. Subí hasta el rectángulo de tierra en el que había dejado las anémonas. Después de un breve silencio, volvió aquel espantoso ruido, que tan pronto se acercaba como se alejaba. No me atrevía a moverme. Me acordé del corzo que vi la noche anterior por allí. ¿Era él quien destrozaba todo a su paso, quien se dejaba la piel en esa carrera despavorida? ¿De qué brutal depredador intentaba escapar?

Se hizo un silencio rotundo en el bosque. Corrí hasta el coche. Estaba temblando. Me quité la ropa, le di al contacto y puse la calefacción al máximo. Me tendí un momento en el asiento trasero.

Cuando abrí de nuevo los ojos, el reloj luminoso del salpicadero marcaba las once y cuarto de la noche. Me habría quedado más tiempo allí, pero tenía miedo de que el coche se quedase sin batería y me senté al volante —sin ponerme de nuevo la ropa, creo recordar—. No tengo ningún recuerdo del camino de vuelta, tampoco del momento en que llegué a la casa.

Dormía desnudo en el sofá del salón cuando, a la mañana siguiente, sonó la puerta, Por un momento creí que se trataba del agente inmobiliario al que pedí que viniese para valorar la casa. Solo por un momento.

MARTES, 5 DE MAYO

Puesto que una persona que yo conocía estaba envuelta en una investigación judicial, el hombre que tenía enfrente me anunció que procedería a registrar la casa. Entró en los detalles del caso. François Saffre había sido imputado por el juez de instrucción del Tribunal de Primera Instancia de Nanterre, acusado de abuso de confianza, de uso indebido de los activos de su empresa, de malversación de fondos, de encubrimiento. Buscaban documentos incriminatorios y una suma considerable de dinero en metálico. En el registro llevado a cabo el día anterior en la casa de Saffre, no habían encontrado nada. No obstante, la investigación había arrojado datos que nos relacionaban a su esposa y a mí: nos habíamos visto con frecuencia en el último año. Durante su audiencia con el juez, cuando Marion Saffre fue interrogada al respecto, aseguró haberme confiado algunas pruebas en aquella misma casa el sábado 2 de mayo, a las que el policía se refirió como «objetos y documentos útiles para esclarecer la verdad», Por consiguiente, por la comisión rogatoria librada por el juez de instrucción —me extendió un papel con el sello de la República francesa—, aquella persona estaba autorizada para registrar, si era necesario sin mi permiso, cualquiera de mis viviendas.

Marión prometió que no pararía hasta arruinarme la vida. Lo había conseguido, Una investigación policial en la misma casa en la que acababa de matar a alguien. Me costaba tragar saliva. No todo estaba perdido; buscarían dinero, papeles, pero nada más. No Iban en busca de huellas dactilares, pelos o restos de sangre. No encontrarían aquello que no habían venido a buscar. No había razón para preocuparse. Entonces, una extraña sensación, algo así como una excitación demente, vino a remplazar el miedo que me entró en un principio. Sí, me excitaba la idea de que entrase aquel agente en casa. Iba a verlo trabajando como una hormiguita, buscando minuciosamente un dinero que no había, sin olerse nada, sin entrever la sombra de la verdad; y al entender que era eso lo que venimos llamando trabajar —trajinar de un lado para otro sin

encontrar nada, moverse sin llegar a entender qué sucede, gastar todas las energías en algo a cambio de dinero, sin llegar a ver el horror en el que nadamos como peces en el agua—, sentí que me embargaba una oscura satisfacción.

De todos modos, no tenía elección:

—Adelante, por favor. Está usted en su casa.

Entonces el oficial hizo entrar en la casa a sus agentes de manos enguantadas y les ordenó que registrasen el entresuelo, empezando por el salón. Él y yo nos quedamos en el pasillo de la entrada. Se escuchaban, a intervalos regulares, los disparos de una cámara de fotos. Una vez abandonaron el salón, el oficial me propuso que nos instaláramos allí hasta que acabase la operación. Me senté en el sofá; él se quedó de pie, junto a la ventana. No me había acusado de nada, pero no me cayó bien; quizá porque no me acusaba de nada. Miraba cada cierto tiempo su reloj. Me quedé mirando sus manos carnosas, lampiñas, muy blancas, pecosas —manos de mujer policía pelirroja, a la que imaginaba preparando morros de cerdo a la vinagreta o pâte en croûte—. Le iban informando de cuando en cuando por el pinganillo, y acusaba la recepción con alguna palabra breve.

En la pared del salón había una litografía enmarcada —el tipo de imagen que uno ve sin prestar atención hasta que un buen día se detiene a mirarla—: tras los listones de una veneciana, se podía ver la silueta rayada de una mujer en una habitación encendida. La estancia debía de ser espaciosa, confortable, moderna: el tintineo de los hielos en un vaso de whisky, un disco de jazz sonando en el gramófono, los muebles de diseño, algún invitado. Pero la mujer le daba la espalda a todo aquello y miraba atenta a través de la veneciana, en dirección al espectador. ¿Esperaba a alguien? ¿Se sentía enclaustrada en su propia casa por culpa de un marido tiránico y celoso? ¿A quién miraba?

Media hora más tarde, los agentes subieron al primer piso. Se escuchaban pasos justo encima del salón, en el dormitorio; luego, cómo arrastraban los muebles. Imaginaba el dormitorio patas arriba, la cama del revés, los cajones del escritorio volcados uno tras otro.

Dijeron algo por el pinganillo, y el oficial pidió que lo trajeran inmediatamente. Un agente bajó en una bandeja de plástico mi móvil y un cuaderno de espiral. «Veamos», dijo el oficial, hojeando el cuaderno. Comenzó a leer algunas de las páginas que dediqué a describir a mi padre. Aunque se titulaba «LA SITUACIÓN», no llegué a narrar la situación propiamente dicha. Después de un rato

que se me hizo eterno, el oficial levantó la cabeza del cuaderno y me preguntó, todo lánguido, con tono sarcástico, si pretendía escribir un libro: hoy día solo interesan memorias lastimeras como esta, del tipo «mi papá no me daba cariño, pobre de mí». Si era capaz de escribir doscientas páginas como aquellas, me convertiría en una persona rica y famosa. Valía la pena intentarlo. Eso sí, mejor que fuese pensando en un título más sugerente.

Me pregunto por qué reaccionaría así el agente. Igual tuvo una infancia feliz, o igual sufrió la ausencia de su padre y lo llevaba en silencio, sin querer dar pena. Igual nunca conoció a su padre. Igual la relación con su hijo no era del todo buena. Observando a aquel hombre como quien mira por un caleidoscopio, se habrían podido sostener cada una de estas hipótesis: la rigidez de su postura, la arruga que le surcaba la frente, su mirada de niño triste, las uñas comidas hasta la raíz, la voz melodiosa que parecía venir de otra persona. Todos los padres y todos los hijos se arremolinaban en el cuerpo de aquel hombre.

Me aseguró que podía estar tranquilo: no confiscarían mis obras completas. En cambio, mi móvil sería incautado y examinado por un experto. Puesto que habían requisado el de Marión, ya debían de haber visto los mensajes que intercambiamos desde que empezamos a vernos. ¿Qué esperaba encontrar en mi teléfono? ¿Fotos? ¿Correos a un tercero? De nuevo le hablaron por el pinganillo; un asomo de triunfo iluminó su mirada. Habían encontrado una caja fuerte en la habitación. Me preguntó si sabía la combinación. Mentí, dije que no tenía ni idea. El oficial dio la orden de perforar. Sonreí para mis adentros al pensar en lo infructuoso de su peonada.

Como solo se requería de una persona para perforar, el oficial ordenó al resto de agentes que bajasen a registrar el sótano. Me puse a caminar por el salón. Después de informarme de que era libre de no responder, el oficial me preguntó por la visita de Marión del sábado 2 de mayo. ¿Me había confiado algo? ¿Una maleta, un paquete, cartas? ¿Me había hablado de la adjudicación de los contratos del alumbrado público en Hauts-de-Seine? ¿Y de la empresa PERSÉPHONE? ¿Y de alguna oficina bancaria de la que no recordaba el nombre? ¿Había oído hablar de la villa Fanfreluche? ¿Qué sabía de las actividades del marido? Mis respuestas fueron todas negativas. El oficial se acercó a mí, tan cerca que pude oler su perfume ambarino, espeso, exótico, un perfume que no casaba ni con la textura de su piel ni con su fisionomía. Nunca supe si pretendía intimidarme o contarme un secreto; le hablaron por el pinganillo. Salió del salón y me pidió que le siguiese. Se dirigió

hada el sótano.

¿Qué habían encontrado? Al llegar al sótano, los haces móviles de las linternas me permitieron corroborar que había hecho desaparecer todo: la jaula de rejillas, los muebles, las cosas de la chica, el chándal rojo. De mi ajetreo nocturno no quedaba más que un ligero olor a lejía. El espacio estaba vacío, con la salvedad de la cabina sanitaria de acero inoxidable, cuya presencia desentonaba pero no me incriminaba de nada. Si me preguntaban por la cabina, siempre podría afirmar que mi padre quería un segundo cuarto de baño, o bien que se trataba de una instalación de arte contemporáneo. Un agente nos pidió que nos acercáramos. Me repetí para mí mismo que no buscaban rastros de sangre, ni huellas digitales, ni nada de eso, tan solo dinero. No me puso nervioso que la chica de pelo rizado le indicase al oficial que no había un solo bajante, sino dos: uno al que estaba conectada la cabina de acero, y otro que bajaba por la pared de enfrente.

No me había percatado de aquel detalle, y es que mis preocupaciones en el sótano fueron de otra índole. La chica siguió: en el centro de las ciudades, no suelen encontrarse casas con dos conductos separados, uno general y otro para las aguas fecales, ya que todos los desechos van a parar a las alcantarillas. Además, el emplazamiento del segundo bajante no respondía a ninguna lógica, porque ni la cocina ni el cuarto de baño quedaban de ese lado de la casa. Igualmente, quiso demostrarle que uno no sonaba igual que el otro golpeándolos alternativamente con los nudillos. Por último, haciendo alusión a una investigación reciente en la que se encontraron lingotes de oro en una falsa canalización construida para la ocasión, expuso la hipótesis de que podía tratarse de un caso parecido. La agente tenía cara de avispada, de buena alumna. Tanta inteligencia desperdiciada en conjeturas tan disparatadas.

Sin embargo, el oficial parecía tomarla en serio. Dio órdenes de que se abrieran y cerraran varias veces los grifos de toda la casa. Entonces comenzaron a verificarlo todo metódicamente, midiendo las tasas de humedad y utilizando el desatascador en todas y cada una de las canalizaciones. Empezaba a impacientarme; siempre me aburrieron las cuestiones de fontanería. No había comido nada desde el día anterior, y me notaba febril. Lo que peor llevaba era tener que permanecer en el sótano, desde donde el oficial dirigía las operaciones. Empecé a recordar cosas, me venían imágenes y no podía hacer nada para evitarlo. Parecía como si lo que examinaban los agentes fuesen mis arterias, mis vísceras, mi propio cuerpo. Me dolía la nuca y todo el cráneo; rabiaba de dolor. Me imaginé

diciendo a grito pelado: «¿De verdad creéis que he escondido algo en ese tubo? ¡Mirad lo que hago con él!», y entonces agarraba un mazo que andaba por algún rincón del sótano y empezaba a golpear con todas mis fuerzas el bajante hasta reventarlo, igual que se acaba con un enemigo. A fuerza de repetirse en mi cabeza, aquella alucinación acabó por calmarme.

Después de un momento que se me hizo eterno, el oficial concluyó que el segundo bajante no estaba conectado a ninguna canalización, y me preguntó si yo estaba al tanto de aquella anomalía. Qué pena que mi padre no estuviera allí… Él les habría podido explicar mejor que nadie el porqué, y todo se habría resuelto en cinco minutos. Respondí «no» y el oficial indicó que aquello constaría en el acta del registro. Después me anunció que abrirían un agujero de cinco centímetros en el bajante para introducir una cámara diminuta.

Otra vez a esperar, mientras iban a la calle para coger el equipamiento de la furgoneta, conectaban la cámara al ordenador portátil, y discutían a qué altura perforar el bajante. Permanecí un poco apartado, vigilado por la agente. Primero escuché el ruido del taladro; después se hizo el silencio mientras un agente introducía la cámara por el agujero; después habló el oficial, mirando la pantalla del ordenador: «Dale, por ahí va bien, un poco más, súbela un poco, un poco más, solo un poco…». Le cambió la voz cuando dijo: «No te muevas»; como si hubiese visto una avispa.

El oficial me pidió que me acercase y vi en la pantalla luminosa de su ordenador algo inconfundible: un cráneo humano.

En ese momento, el agente que se había quedado en la habitación perforando la caja fuerte gritó desde las alturas de la casa: «¡Eh, chicos, tenéis que ver esto! ¡Qué bueno!»; y la trucha cantaba, toda alegre y despreocupada: «Don't worry, be happy, don't worry, be happy, don't worry, be happy».

LUNES, 16 DE NOVIENBRE

Imagino que ya conoce el resto de la historia, como todo el mundo. Me arrestan. La policía científica dictamina que la osamenta encontrada en el bajante pertenece a una mujer muerta quince o veinte años atrás. Una particularidad en la dentadura (le faltaba una tercera parte de los dientes del maxilar superior) permite a los investigadores asociar aquel cráneo a una persona desaparecida dieciocho años atrás, algo que se acaba confirmando en un análisis posterior.

De aquella mujer apenas se sabe nada. Tenía, según el aviso de desaparición, «rasgos norte a frica nos», Ese dato que no significaba nada para ella es todo lo que sabemos de su persona. Fue vista por última vez a la salida de un hospital en el que había sido atendida. Nunca volvió al centro de acogida en el que se encontraban sus cosas. Los responsables del centro avisaron a las autoridades de su desaparición. No se le conocía familia.

Y luego, ya sabe, el macabro vuelco: puesto que se había convertido en la escena de un crimen, los investigadores peinan el sótano y se encuentran al pie de la escalera rastros de sangre derramada recientemente. Se revisan todas mis acciones y movimientos desde que llegué a la ciudad. El GPS de mi móvil lleva a la policía hacia el bosque de Sans-Soucí, donde no tardan en destapar el cadáver mal enterrado de una chica. Confieso. Ingreso en prisión preventiva, donde espero a ser juzgado por complicidad de secuestro, secuestro y homicidio voluntario —como ya sabe, en la fase de instrucción, el juez tachó mi versión de los hechos de inverosímil y falsa—.

El ADN permite establecer lazos de parentesco directo entre los dos cuerpos. La mujer descubierta en el sótano es la madre de mi víctima. Una segunda serie de pruebas revela que existe un lazo de parentesco entre mi víctima y yo: tenemos una ascendencia común. Mi padre tenía una hija y yo la he matado.

Cuando se divulgó esta Información, el director de la prisión preventiva decidió pasarme a una «celda de aislamiento», que aquí

todo el mundo conoce como celda lisa. Nada de agarraderas, ni de perchero; tan solo una cama fija, un televisor empotrado en la pared y un pijama de papel quebradizo. El director tenía miedo de que el impacto fuese «demasiado duro», que no tuviese «ánimos para continuar».

De todas formas, no puedo decir que todo aquello me cogiera desprevenido. O, mejor dicho, no es que fuese algo Inesperado, sin más, sino que lo inesperado venía acompañado de la sensación de que todo guardaba una cierta lógica, de que los acontecimientos se desarrollaban de manera necesaria, Inevitable. Incluso mi ceguera, o mi incapacidad para sospechar la verdad, me siguen pareciendo inevitables a día de hoy —como le sucede al astrónomo que, al detectar la presencia de un agujero negro, entiende como irremediables los fenómenos paranormales que observa a su alrededor—.

Me pregunto qué pensaría de todo esto el tipo con el que compartí celda antes de que me aislasen, Estoy seguro de que habría conseguido llevarse el gato al agua. Al principio no nos hablábamos. Un día vi que volvía de la sala de visitas con una pila de recortes de periódico. Me explicó que su madre le recortaba los crucigramas y se los traía todas las semanas. Empezó a rellenarlos, y me acordé del periódico que encontré cuidadosamente doblado en la encimera de la cocina, y le solté: «Aquello que da dentera a los hijos, siete letras». Lanzó una carcajada y me respondió; «Agraces. —A lo que añadió—: Y en aquellos días felices no se repetirá nunca más el proverbio: "Los padres comieron los agraces, pero los hijos sufren la dentera", sino que cada uno morirá por su iniquidad y solo los dientes de quienes hayan comido los agraces sufrirán la dentera».

Nunca he abierto una Biblia, pero cuando alguien cita un pasaje, noto enseguida el tufillo —como cuando paso frente a una pescadería—. Tendrá que ver con la manera en la que está escrita, con el ritmo, con esas imágenes que uno no está seguro de haber comprendido del todo. De hecho, debí de fruncir el ceño, porque mi compañero de celda no tardó en explicarme lo que quería decir. Lo que viene a decir el profeta Jeremías es que el destino no está escrito; si partimos de la base de que el mal no es hereditario, cada uno es libre y responsable de sus actos; si los dos estábamos en la cárcel, era porque habíamos cometido delitos de los que solo nosotros éramos responsables. Sostener lo contrario sería pueril. Nada le eximiría del peso de su responsabilidad. Asentí con la cabeza. Insistió, por si no me había terminado de convencer.

Es difícil discutir con un tipo que cita pasajes de la Biblia. Me quedé en silencio. La verdad es que no puedo hablar con propiedad de nada. Cuando rememoro los primeros días de mayo, a veces tengo la impresión de que había algo, una fuerza que estaba en mí pero que no era yo.

Mi compañero no se caía del burro. No era fácil aceptar aquello, pero más nos valía hacerlo. No hay nada más difícil en el mundo. A él también le parecía duro, demasiado como para soportarlo a solas. Pero también le parecía una suerte estar donde estábamos. El aislamiento, el silencio y el tiempo nos ayudarían a asumir una responsabilidad de la que la mayoría de las personas huían durante el resto de sus vidas. La mayoría se pasa el tiempo urdiendo historias, ilusiones con las que embaucar a los demás, haciendo ver que viven, hasta que un buen día mueren. Pero uno solo vive realmente después de haberse matado a sí mismo. Uno solo vive después de haber admitido el sufrimiento causado por la perversión de nuestra alma, por la debilidad de nuestra carne, por nuestra falta de amor.

NI siquiera pensando, como me ha pedido, en aquello que me sucedió, consigo comprenderlo, y es que solo llego a entender lo que sucedió si lo pienso por separado, de manera discontinua, como esas diapositivas que mis padres proyectaban en la pared. El jueves hice esto, el viernes lo otro y el sábado lo de más allá. Mi mirada no puede abarcarlo todo de golpe. Puedo entender por qué extraña razón pasé de la situación A a la situación B, pero tan pronto como me alejo para conseguir una visión de conjunto, siento una especie de vértigo. De este modo, ¿cómo voy a poder aceptar, reconocer o asumir algo?

Mi compañero de celda volvió a la carga: negar la responsabilidad es negar también la esperanza. Me parecía extraño que se preocupase tanto por mi situación y se lo hice saben «Deformación profesional. Fui cura antes de entrar aquí». Al escucharle pronunciar aquellas palabras con voz dulce, pensé en uno de los personajes de La noche del cazador, el reverendo; en la película, se dedicaba a asesinar mujeres y a engatusar niños. Y fue entonces cuando me acordé de la barca a la deriva, del sapo, de los dos conejos: eran escenas de la misma película, La noche del cazador. Cuando caí en la cuenta, me sentí aliviado, pero también algo confundido: me preguntaba por qué había tardado tanto en reconocer la película, si pude haberla visto tres o cuatro veces. Aquella sucesión de pensamientos me alejó de la conversación. Mi compañero de celda debió de creer que no me apetecía seguir

hablando y la cosa se quedó ahí.

Cuando llegué a la celda lisa, el dolor de cuello empeoró. Me empecé a quejar. Después de examinarme, el médico afirmó que no había ninguna quemadura. ¿Cómo? ¿Que no hay quemadura? Entonces, tampoco hay cadáver, ¿no? Ni jaula, ni palmatoria… Pero… ¡si sentía la quemadura en la nuca! Supliqué al médico que no me dejase ardiendo a solas.

Cuando mi abogado supo de aquel incidente, decidió llamar a un experto como usted para determinar si sufro o no un «trastorno de ansiedad generalizada», incluso un «trastorno disociativo», lo cual podría motivar, llegado el momento, una reducción de mi condena. Para justificar su decisión, aludió también a los episodios de terror nocturno, durante los cuales mi sueño se veía alterado por Impresionantes turbulencias, según dijeron los guardas que me vigilaban. Se quedaron tan extrañados como los agentes ante una de mis declaraciones durante el interrogatorio: «Creo que no estoy preparado para experimentar cosas tan precisas». Ni siquiera recuerdo haber dicho eso. Estaría cansado. Igualmente, el abogado lo ha achacado a las tres semanas que pasé en el psiquiátrico cuando tenía veinte años. ¿Cómo lo sabe? Yo no se lo he contado. Me molesta que recurra a esta estrategia de defensa. No quiero alegar irresponsabilidad penal.

«Pero cuando le hablo de libre albedrío o de responsabilidad personal, usted lo encuentra naif. En resumen, no hay ninguna palabra que explique el modo en que encaró los actos que cometió. Como si hubiese un vacío en el vocabulario, ¿no es eso?». Esta fue una de las cosas que usted me dijo en su primera visita. «Un vacío en el vocabulario», me gusta esa expresión, esa idea. Por primera vez después de mucho tiempo, tengo la Impresión de que alguien me habla, Me gusta también la tranquilidad de su mirada, la dulzura de su lenguaje, su paciencia.

Más adelante, vino de nuevo a verme, Entonces, nuestra conversación duró más tiempo. Observó mi tendencia a hacerme preguntas que no tienen respuesta: ¿quién era la mujer «de rasgos norteafricanos»?, ¿de dónde había salido?, ¿con qué soñaba de noche en la jaula?, ¿por qué mi padre la había secuestrado dieciocho años atrás?, ¿murió su madre durante el parto?, ¿la mató mi padre?, ¿se mató ella?, ¿cómo consiguió meter la jaula en el sótano?, ¿dónde escondía la llave?, ¿qué relación tenía con su hija?, ¿llegó a sacarla, a darle un paseo? Usted me dijo que, el tiempo que me quede de vida, no dejaría de preguntarme cómo pudo suceder aquello. Y pensó que sería bueno, a la espera de mi juicio, que me

concentrase en los hechos, en lo que yo viví; que intentara reconstruir, punto por punto, empezando por el principio, el camino que me ha conducido (y ha dudado, no sé si por delicadeza, a la hora de concluir la frase) hasta aquí.

Me cuesta mucho concentrarme. Pienso en todo menos en mí mismo. Me centro en los demás; a veces incluso les hablo a media voz. Tengo la sensación de que los conozco mejor a ellos, de que los comprendo mejor. Pienso en la mujer «de rasgos norteafricanos». A veces, por un Instante, es como si la tuviera delante: escuálida, con ojeras, sale del hospital. Tose, camina por el barro, entre la niebla; un coche se acerca lentamente, se para a su altura, Pienso en mi víctima; ahora que soy yo el que está enjaulado, creo que sabría cómo hablarle; ahora que ella está allí, entre esas cuatro paredes, conmigo, para siempre. Pienso en mi padre. Después de mi primera noche en la celda lisa, tuve una sensación extraña al despertar. Me dije que estaba en el interior de mi padre, que él había vivido toda su vida en una suerte de celda lisa. Quizá le parezca un poco oscura esta idea, pero a mí se me presenta muy clara —tan límpida como la mirada de Jéróme Duroselle—. A menudo me viene la imagen de sus ojos azules, tristes, optimistas, abiertos de par en par. Sin duda, lo llamarán para que preste declaración en el juicio. Debe de estar abrumado. Nunca se repondrá de la noticia. Los pocos años que le queden de vida, andará con los ojos abiertos de par en par, preso de una perplejidad irremediable. ¿Marión? Marión saldrá de esta. Tiene vida por delante, y otras cosas por las que preocuparse. A veces, se habla de su marido por televisión. El caso sigue abierto. Me pregunto si ella piensa en mí alguna vez. Me pregunto cómo irá vestida a estas alturas del año. La imagino con un impermeable, con botas altas. Debe de llevar bufanda. Estamos en noviembre. El mal tiempo, la lluvia, los días cada vez más cortos. A las seis ya es de noche, se encienden las luces de los coches, todas las luces, se llenan las cafeterías. Ha salido un nuevo teléfono móvil; millones de personas ya lo tienen. En PHONE SWEET PHONE, el nuevo vendedor se balancea, sentado en el taburete, mientras Franck le habla de sus planes para Navidad.

Y, cuanto más pienso en los demás, menos pienso en mí. De todas maneras, ya se lo dije, cada vez que hago memoria, me viene un comienzo diferente a la cabeza. Sin ir más lejos, anoche no conseguía quedarme dormido y me acordé de algo. Yo debía de tener unos siete u ocho años, y mi padre pensó que era buen momento para iniciarme en la pesca con caña. Me llevó al final de la tarde a la orilla de un estanque. Llevábamos botas de goma, Me

explicó cada uno de los pasos, me invitó a que estuviese tranquilo, a que me tomase mi tiempo. «Lo más importante —me dijo— es elegir el momento oportuno»; y, como era costumbre en él, luego lo repitió en voz baja, siguiendo la estela de su propia frase: «Elegir el momento oportuno». Un pez —un gobio, creo— mordió el anzuelo y mi padre me ayudó a tirar de la caña. Me quedé mirando cómo se retorcía el pez sobre la hierba de la orilla. Sentía la mano de mi padre apoyada en mi hombro. A ratos apartaba la mirada y a ratos volvía a fijarme en aquel animal sin edad, entre horrendo y grotesco, que se debatía en vano, que moría de estar al aire libre. Le pedí a mi padre que lo devolviésemos al agua. Se empezó a reír. Entonces agarró el pez por la cola y le reventó la cabeza contra una roca. Miré a mi padre, sonreí, y le agarré la mano con fuerza.

Anoche, en la duermevela, pensé que todo pudo comenzar allí o, mejor dicho, que no hay comienzo, porque lo único que he hecho en mi vida ha sido confirmar aquella elección, vivir una y otra vez la misma situación, ese momento en que descubro que mi padre no es buena persona, pero que quiero, a pesar de todo, seguir siendo su hijo.

A petición de su psiquiatra, el narrador cuenta los acontecimientos que, en el transcurso de cinco días, han devastado su vida. Todo comienza cuando este vendedor de teléfonos móviles recibe la noticia de la muerte de su padre, con quien mantenía una relación muy distante. Con el fin de organizar el sepelio, el joven se instala en la casa paterna. Entonces descubre algo aterrador que le sumergirá, al hilo de un insidioso encadenamiento de pasos en falso, en una situación de pesadilla.

En *La ascendencia* nos reencontramos con el tono narrativo de la primera novela de Alexandre Postel, *Un hombre al margen*: implacable e irónico, que da a la narración la forma de una tragedia. El sentimiento de culpa, muy presente en el texto, genera una atmósfera turbia e inquietante: hasta la última línea, el lector dudará entre la empatía, la rabia y el horror.

«*La ascendencia* es la segunda novela de Alexandre Postel. Igual que en la primera, *Un hombre al margen*, el engranaje del destino triturará al protagonista, pero lo curioso de Alexandre Postel es el contraste entre las abyecciones que cuenta y su escritura sencilla, tranquila, amable».

Bernard Pivot

NOTAS

[1] Aunque no se traduzca Sans-Souci por ser nombre propio, es interesante saber que significa «sin preocupaciones». (N. del T.)